

XXXI

Certamen de Poesías y

Narraciones Breves

HERMANOS CABA



DIPUTACIÓN DE CÁCERES

CERTAMEN LITERARIO HERMANOS CABA 2019

Autores:

Ricardo Bermejo Álvarez

Manuel Luque Tapia

Alfonso Sergio Barragán Rincón

Fernando Molero Campos

Edita:

Diputación Provincial de Cáceres.

Diseño y Maquetación:

Departamento de Imagen de la Diputación de Cáceres.

Impresión:

Imprenta Provincial de la Diputación de Cáceres.

Depósito legal: CC - 335 - 2019.

Cáceres, octubre de 2019.

Prólogo 9

Poesía

La sed en compañía. *Ricardo Bermejo Álvarez* 13
No sirven estos ojos para mirarte. *Manuel Luque Tapia* 21

Narraciones

El manuscrito. *Alfonso Sergio Barragán Rincón* 29
Más golpes te da la vida. *Fernando Molero Campos* 59

Certamen Literario Hermanos Caba

CARLOS Y PEDRO CABA LANDA, los Hermanos Caba, han sido unas personalidades arroyanas del siglo XX. En honor a ellos se constituyó en 1988 este Certamen Literario.

Carlos el mayor, nació en 1899. Aunque vio la luz en Zaragoza, antes de cumplir dos años se trasladó con sus padres a Arroyo de la Luz, por lo que siempre se consideró arroyano

Tras la temprana muerte de sus padres, se marchó a Madrid junto con su hermano Pedro. Para poder subsistir, Carlos actuó de guitarrista en un café cantante hasta que, en 1925, aprobó unas oposiciones para funcionario público, empleo que le permitió dedicarse a su vocación de escritor y periodista. En autoría compartida con su hermano Pedro, publicó en 1933 el ensayo Andalucía, su comunismo y su canto jondo, que acaba de conocer su tercera edición. Colaboró de manera asidua en periódicos gallegos y llegó a ser miembro correspondiente de la Real Academia Gallega. Tradujo del inglés y del francés ensayos de psicología y criminología. Y publicó varias novelas A su muerte dejó manuscritos inéditos de novelas y memorias.

Pedro; vio la luz primera en Arroyo de la Luz, el día 2 de diciembre del año 1900, en la arroyanísima Calle del Rollo, es el gran ensayista, novelista y poeta. Se trasladó a Madrid con su hermano por la causa citada anteriormente, donde comienza los estudios de Filosofía y Letras y Ciencias Exactas, que tuvo que compaginar con diversos oficios para poder subsistir.

A los veinte años publica, en autoría compartida con su hermano Carlos el ensayo filosófico “Las ideologías del siglo “, perdido en la actualidad. . En Madrid descubre a Jose Ortega y Gasset, Manuel García Morente y Julián Besteiro. Acude a las tertulias de los Hermanos Machado y traba amistad con Ramón Pérez de Ayala y Federico García Lorca, quien le llama “el sabio inocente”.

En 1930 escribe en colaboración con su hermano Carlos el ensayo sobre el alma andaluza y la música jonda “Andalucía, su comunismo y su cante jondo”, editado en 1933 por la Biblioteca Atlántico. En 1934 escribe su primera novela, Las Galgas, que obtuvo el premio Gabriel Miró tras publicarse en la editorial Juventud. Tras la Guerra Civil fue trasladado a Valencia como funcionario postergado, donde desarrolló una intensa vida cultural. Allí, en el café El Gato Negro, mantuvo una tertulia literaria a la que asistían Angelina Gatell, José Hierro, Ricardo Zamorano, y Alejandro y Vicente Gaos, entre otros. En 1959 le invitó la Sociedad Antropológica de Buenos Aires para dar una serie de cursos y conferencias. Hacia el final de su vida fue nombrado por unanimidad miembro de honor de la Real Academia de las Artes y las Letras de Extremadura. Su extensa obra literaria y filosófica incluye más de veinte libros y numerosos artículos en revistas especializadas.

El recuerdo de su pueblo natal, siempre ha permanecido en su obra y su vida, como lo demuestran estas palabras de Pedro:

“Cuando la vida me echó a andar por el mundo, yo también experimenté – y experimento esa agridulce nostalgia de la ausencia y la emoción triste de su lejanía”.

Prólogo

Como Alcalde-Presidente de Arroyo de la Luz, una localidad estrechamente ligada a la cultura y a sus múltiples y variadas manifestaciones, es para mí un auténtico honor poder escribir el prólogo de esta publicación sobre nuestro certamen literario, el Certamen de Poesías y Narraciones Breves Hermanos Caba.

Un certamen que goza de un excelente estado de salud, como demuestran las sucesivas ediciones que se han ido repitiendo con notable éxito año tras año.

Máxime aún, cuando el propio certamen lleva el nombre de dos arroyanos insignes en nuestra localidad, Carlos y Pedro Caba, que constituyen dos de las personalidades arroyanas más destacadas del pasado siglo XX.

Y precisamente como homenaje y reconocimiento a la figura de ambos se creó este certamen literario en el año 1988, celebrándose ahora la edición número XXXI.

Arroyo de la Luz, es y siempre ha sido un pueblo de referencia y a la vanguardia en lo que a cultura se refiere, como

demuestra el firme compromiso de nuestro ayuntamiento con la organización de una gran variedad de actos relacionados con el teatro, el cine, la música, la poesía, la literatura, la fotografía, la pintura...

Actividades de este tipo son la mejor manera posible de fomentar nuestras tradiciones y nuestro patrimonio cultural.

No podemos olvidar que somos las administraciones públicas las principales obligadas en el cuidado y mantenimiento de nuestra cultura, como uno de los apartados más destacados de nuestra apuesta decidida por una forma de vida y un desarrollo sostenible en el medio rural.

Es por ello, que nuestro equipo de gobierno quiere agradecer públicamente a la Diputación de Cáceres que haya hecho posible que esta publicación pueda salir a la luz un año más.

Carlos Caro Domínguez
Alcalde-Presidente de Arroyo de la Luz



Poesías

XXXI CERTAMEN DE POESÍA
"HERMANOS CABA" 2019

La sed en compañía

Ricardo Bermejo Álvarez

I

*A batallas de amor, campo de pluma
Luis de Góngora*

Qué sed siento de ti cuando te escapas
de mis manos, igual que si un reflejo
fueses de mí. También, cuando me alejo
y no me agarras tú por las solapas.
Nunca me sigues, pero al fin me atrapas.
Y me arrancas, a ciegas, el hollejo.
Y me reflejas en el calmo espejo
de la barrica que, al amor, destapas.
No hay mal al que no pongas tú remedio.
Te vas, porque presentes el asedio
y prefieres la huida a la muralla.
Regresas, cuando intuyes que has vencido,
para auparte a mi pecho y, al oído,
decirme: *Ahora empieza la batalla.*

II

Esto es amor, quien lo probó lo sabe
Félix Lope de Vega

Ni que te mienta: ¡*Qué sabroso el guiso!*
Ni que te oculte un rictus contrariado
por esta hiel con forma de pescado
y esta cayena asaz, sin previo aviso.
Ni que perjure, en cuanto a lo preciso
que me ha parecido lo almorzado.
Ni que el vino no falte a nuestro lado.
Vuelves a preguntar: *¿Tanto te quiso?*
Y yo, que nunca te engañé, si miento
o finjo que te oculto un sentimiento,
es por verte radiante y recelosa.
Mas, si sigues guisando de este modo,
o me lo invento y te lo cuento todo
o en tu cocina cavaré mi fosa.

III

Sed fugit interea, fugit irreparabile tempus
Virgilio

Vayamos a las termas, amor mío,
a curarnos el frío desaliento,
a calmar nuestra sed con el unguento
tibio y sereno de este manantío.
Colguemos en la percha el atavío
gris de la soledad: cada momento
de frustración, de culpa, de tormento...
Y nazcamos, de nuevo, de este río.
Hablemos, sin palabras y sin prisa,
como el agua a la sed o viceversa,
como todo clamor que va por dentro.
Y, aunque la vida, a chorros, nos avisa
de cómo el tiempo pasa y nos dispersa,
vayamos cada día a nuestro encuentro.

IV

médulas que han gloriosamente ardido
Francisco de Quevedo

Está en mis manos lo que aún no he escrito:
la inefable caricia consumada,
cual pavesa carnal, frente a la nada,
cuando la nada es la piel del mito.
En tus manos está este infinito
y ardiente amor que, cada madrugada,
sorbo a sorbo, apura una coartada
contra la muerte y su fulgor proscrito.
En nuestras manos, toda la belleza
trágica de la vida y sus asuntos:
los íntimos anhelos, los lejanos;
pero también esta total certeza:
la sola luz de quienes arden juntos.
Toda la sed de ser, en nuestras manos.

V

(Ditrambo y brindis)

*In vino veritas
Plinio el Viejo*

*Miserable el momento si no es canto
Claudio Rodríguez*

Sitiado por tus rosas, sumo y sigo
los días de mi vida. Tengo edad
de creer que la nada es soledad.
Y eso es todo. Por eso, vino amigo,
ni callo ni hablo solo. Hablo contigo
como si nada. Y todo es, en verdad,
nada más que dicción de la ebriedad.
¡Y qué cierto es también lo que no digo!
Celebro haberte conocido. Y brindo
por el amor: la sed en compañía.
Y me bebo el silencio que se canta.
Y a la alegría de tu verdad me rindo.
Y canto la verdad de tu alegría
con un nudo de luz en la garganta.

Biografía Ricardo Bermejo Álvarez.

Ricardo Bermejo Álvarez. Nació en Fuente de Cantos (Badajoz) el 5 de septiembre de 1961. Reside en San Fernando (Cádiz) desde 1977, salvo algunos periodos de trashumancia laboral. Marino. En el ejercicio de su profesión, estudió árabe en Madrid y asistió a cursos de verano de este idioma en Túnez y Tánger (Instituto Cervantes). Retirado, en la actualidad ocupa su tiempo en la creación poética.

Es autor de una amplia obra poética, resuelta en soledad, heterodoxa y versátil, de la que cabe destacar los siguientes títulos: *Erosfobia* (ediciones Bahía. Algeciras), *Hégira nocturna* (Diputación de Badajoz), *Delirios conversos* (ediciones Trea. Gijón), *Diván de atisbos y contemplaciones* (Diputación de Granada), *Diva vida* (editorial Pre-Textos. Valencia), *A ras de mundo* (Diputación Foral de Álava), *Vulnerable a la luz* (Colección Provincia. Instituto Leonés de Cultura), *El que cuenta las sílabas* (editorial Denes. Valencia), *Bisontes en la cueva de la voz* (Colección Leonor. Diputación de Soria), *La raíz perpleja* (Bujalance. Córdoba), *Fluencia & despedida* (Diputación de Málaga), *Rendezvous* (editorial Aguaclara. Alicante), *Este afán infinito* (Ayuntamiento de Vélez-Málaga) y *Una luz en algún lugar* (editorial Aguaclara. Alicante).

En formato plaquette, cabe destacar también las siguientes publicaciones: *Las palabras perplejas* y *La vida misma* (Ayuntamiento de Madrid), *La vida que esperábamos* (Navia. Asturias), *Reversos de amor* y *Bumeranes* (Ayuntamiento de Reinosa. Cantabria), *Recado de existir* (Cuadernos de Intramuros. Zafra), *Noticias de la vida* (Santa María de Guía. Gran Canaria) y *Gama de sombras* (Ayuntamiento de Espiel. Córdoba)

Le han sido concedidos, entre otros, los premios de poesía: Bahía, Arcipreste de Hita, Espronceda, Ateneo Jovellanos, Gerardo Diego (Gobierno de Cantabria), Pastora Marcela, Justas Literarias de Reinosa, Ciudad de Tudela, Ernestina de Champourcin, Ciega de Manzanares, Gabriel Celaya, Antonio González de Lama, Fundación Jesús Serra, Joaquín Lobato, Leonor, Mario López, Francisco Mollá Montesinos, Ramón de Campoamor, José Antonio Torres, Leopoldo de Luis y Salvador Rueda.

XXXI CERTAMEN DE POESÍA
"HERMANOS CABA" 2019 (DENUNCIA SOCIAL)

*La guerra roba lo máspreciado de cada ser:
la vida del que muere
y la esperanza del que queda*

No sirven estos ojos para mirarte

Manuel Luque Tapia

No sirven estos ojos para mirarte
Mario Benedetti, "Inventario tres"

Tiene Yasmina once años
y han conocido ya sus ojos
cielos rasos de pólvora y ceniza,
rastros de huesos derretidos,
y barrancos inmensos de cuerpos sin nombre
ungidos sus pechos de olvido.

Sus ojos hoy,
vaciadas de azul sus pupilas,
son los ojos del hambre y del horror,
dos nidos de negror
que ocupan toda la pantalla
y que aunque parecen no mirar a ningún lado,
nos despiertan de la indiferencia
con la que miramos
la segunda edición de las noticias,
mientras apaciguamos la hambruna.

Hoy en Alepo, el cielo ha tornado de añil a plumizo
y la ausencia de palomas en los parques
delata hojarasca de carne abatida
por volutas de metralla
y pernos metálicos.

Porque hoy

—como ayer—,

toda la ciudad es un disparo
que incendia cosechas
y deja madres viudas
y niños huérfanos
y campos sembrados de cruces
que son nombres extinguidos,
que quizás alguien, algún día,
cite por en miles en un sangriento diario.

Hoy, los ojos de Yasmina,
habitados de golpe por la guerra,
hablan por sí solos
y nos duele su mirada
que nos llena de asombro y vergüenza,
aunque apenas dure el tiempo suficiente
para recordarnos
que una vez fuimos humanos.

Y es que duele tanto la mirada hueca de un niño
que hasta en la distancia
salpican sus lágrimas tristeza,
nos despiertan de la ignominia de nuestra pasividad,
y recorren el velo de la asepsia
que nos cubre en la distancia.

Han quedado esta noche sus ojos

—orondas obleas de pan blanco—

secos y yermos

como la arena del desierto que a diario pisa.

Todo el azul del mar en sus ojos

se ha desvanecido,

y su aliento,

más allá del plomo que levita en el aire,

se ha hundido en la mansedumbre del miedo
a que obliga la guerra.

Ojos de Yasmina hoy,

que en el iris

reflejan el pecado del mundo

—el mío y el tuyo—,

y sin embargo, su boca nos regala una apacible sonrisa

que le rebosa el rostro de ternura,

ni una pizca de odio hay en su mirada.

Por eso, Yasmina, hoy comprendo

—tal vez alguien más comprenda—

que no sirven ya estos ojos,

—ojos ahora demasiado miopes—

para mirarte,

porque de sobra sé

que el llanto enmudecido de tu mirada hoy,

solo es un rumor de olvido para mañana,

o quizás, para dentro tan sólo de unos instantes.

Y también por eso, Yasmína,
hoy y para siempre, deseo
que el viento deje de soplar frío de balas
y llanto de niños sin padre
y ausencia de padres sin hijos.

Y que dejen las manos
de apretar la empuñadura del sable
y los ríos de llevar sangre
hasta la última desembocadura.

Y que dejen los árboles
de respirar nubes de pólvora,
y cadáveres, y fuego de carne acribillada,
y el sol de alumbrar brillo metálico de misiles.

Y que dejen los prados de sudar ausencia
y las campanas de gritar el nombre de los caídos
en nombre de una patria sin nombre.

Porque no solo de la guerra el disparo es muerte,
sino también lanza de soledad y hambre
y frío y olvido y ausencia que hiera y mata.

Échate a la ciudad luego, cuando ya todo acabe
y se vista de luto la noche, y de silencio,
y pasea, si tu corazón te deja,
por sus calles desnutridas,
verás, entonces, más muertos que sepulcros
y más cruces que muertos y sepulcros juntos.

Verás entonces, por doquier, los ojos de Yasmína.

Ese día, tal vez comprendamos
que la mejor de todas las guerras es la que no se hace.

Biografía

Manuel Luque Tapia

Manuel Luque Tapia, Doña Mencía, (Córdoba) 1962. En 1986 obtiene la licenciatura en Filosofía y Letras (División de Filología Hispánica), en la Universidad de Córdoba. El afán por la literatura y más en especial por la poesía le viene dado desde su infancia, ya en el año 2000 es incluido en la Antología Bromelia, Poetas Actuales de la Subbética, publicada por el Ayuntamiento de Priego de Córdoba y en el año 2003 en la antología Nuevos Autores de la Poesía Española, Sevilla.

Ha obtenido numerosos premios en narrativa y poesía. Cito algunos:

Premio Platero de Cuento, Club del Libro en Español de la ONU, Ginebra (Suiza), Premio en el *II Certamen Internacional de Cuentos Terra Austral Editores*, Sydney (Australia), Premio de Poesía *Antonio González de Lama*, León, Mención de Honor en el 4º Certamen Internacional de Poesía y Cuento Breve *Mis Escritos*, Buenos Aires (Argentina), Premio de Poesía *Real Sitio y Villa de Aranjuez*, (Madrid), Premio Internacional de Poesía *Antonio Alcalá Venceslada*, Andujar (Jaén), Premio de Poesía *Amantes de Teruel*, Teruel, Premio de Poesía *Ernestina Champourcín*, Diputación Foral de Álava, Premio Internacional de Poesía *Noches del Baratillo*, Premio de Poesía *Federico García Lorca* Barcelona, **Certamen Internacional de Narrativa "Dulcinea" Barcelona**, **Premio de Poesía "Francisco Sánchez Bautista" Murcia**, **Premio "Luz" de Poesía, Tarifa (Cádiz)**, **Premio de Poesía "Al-Andalus" Burgos**, **Premio Internacional de Narraciones Fernando Belmonte (Huelva)**, **Premio Nacional de Poesía "Ateneo Cultural y Mercantil de Onda" (Castellón)**

Su inagotable trabajo lo refrenda el hecho de que hasta el día de hoy cuente con más de una veintena de libros de poesía publicados, casi todos ellos a raíz de haber sido galardonados en certámenes literarios, nacionales e internacionales, cuales son:

Sombras del Crepúsculo, 1998, Al-garid, 2002, Ángeles de la noche, 2004, En defensa del verbo amar, 2004, Donde la memoria duele, 2005, Palabras de mis manos, 2005, Los aromas de la nada, 2006, Peregrino soy de la nostalgia, 2007, Mea culpa, 2007, El diario de Glori, 2008, La casa que ya no habito, 2008, Inventario de Septiembre, 2008, De la palabra para salvarme, 2009, El tiempo es humo, 2010, Duele vivir a veces, 2011, Alas cortadas, 2012, Los falsos felices días, 2014, Calle vacía, 2016, Celebración de la palabra, 2017, Más que palabras, 2018, Alquimia y deseo, 2019 y Tregua, 2019.

Además cuenta con más de medio centenar de relatos publicados en antologías colectivas, también tanto nacionales como internacionales, y más de un centenar de poemas sueltos también publicados de igual manera.-

Manuel Luque, hombre sensible y comprometido, preocupado por los problemas sociales, aborda temas de candente actualidad como la injusticia, la desigualdad, la guerra, la miseria, el hambre, la inmigración ilegal, la prostitución, la violencia de género, el abuso de poder, la enfermedad mental, la deshumanización de la sociedad. Es su estilo sencillo y directo, pero conmovedor. En una entrevista concedida al Diario de León con motivo de haber obtenido el premio "Antonio González de Lama" refería que es un poeta que escribe con el corazón. Esto es, no es un escritor de laboratorio, que confeccione versos a medida, que ajuste estrofas al milímetro, que cuente sílabas, pero no quiere esto decir, por el contrario, que no sea su verso un verso limpio y cuidado. No, nada más lejos de la realidad, quiere esto decir que van manando las palabras de sus entrañas, de lo más profundo de sus adentros, sencilla y llanamente y como por arte de magia, por ese duende que lo posee, van adquiriendo sus versos musicalidad, ritmo y belleza.



Narraciones

XXXI CERTAMEN DE NARRACIÓN
"HERMANOS CABA" 2019

El manuscrito

Alfonso Sergio Barragán Rincón

Puede sonar extraño dicho así. Pero me temo que, dadas las circunstancias –y resulta más inverosímil aún esperar que estas cambien– tengo que aceptar que he secuestrado mi vida. Definitivamente. Sin posibilidad alguna de dar marcha atrás. Probablemente sea la primera vez que ocurra esto en la historia de la humanidad. O tal vez no. Cosas más raras se han visto.

Lo cierto es que voy a morir aquí, víctima de mi propio secuestro. Como incongruencia, puede resultar curioso. Como paradoja, más bien inaceptable. ¿Qué probabilidades tenía de terminar así? ¿Hubiese podido prever este final? ¿Por qué no se me ocurrió algo tan simple como guardar una llave en mi bolsillo por si acontecía alguna emergencia?

Llevo días, quizás semanas (he perdido la noción del tiempo en esta habitación donde no existe ni el día ni la noche) haciéndome esas y otras preguntas que siguen huérfanas de respuestas. Inconsciencia, estupidez...

Lo extraño es que incluso ahora, cuando no me queda nada más que hacer que aguardar mi deceso (salvo terminar este escrito, a lo que espero me dé tiempo) no me

arrepiento de la decisión que tomé en su momento. Que la vida a veces nos sorprenda dictando una antojadiza sentencia aprovechándose de nuestros actos es algo bastante común. No se puede luchar contra el destino. ¿Justo? No, por supuesto. Pienso que en modo alguno merezco esto. Pero, ¿a cuántas personas en este mundo les ocurren cosas fruto de la más estricta casualidad, estadísticamente casi improbables, que cambian el rumbo de sus vidas o incluso acaban con ella? No. Ni tan siquiera merece la pena quejarse. Solo me queda una opción: aceptar mi final con resignación dejando de lado las lamentaciones y los arrepentimientos.

Tengo que confesar que he pasado momentos tan angustiosos que me sería imposible transmitirle al lector tan solo un ápice de lo sufrido. Horas y horas de rabia infinita que evacuaba como podía golpeando con saña las paredes, destrozando cuanto tenía a mi alcance (la habitación es ahora un batiburrillo de trozos de mobiliario, de restos de enseres cubiertos por la borra del colchón, que he acabado por destrozarse a dentelladas). Sí, los humanos solemos cometer esas estupideces -e incluso auténticas atrocidades- al reconocernos impotentes ante las circunstancias que a veces nosotros mismos nos hemos buscado, sin pensar en la inutilidad de esa rabia absurda.

En estos días he llegado a maldecirme, arrepentido de lo que he hecho con mi vida, convencido de que esta situación no es más que un castigo divino por mi comportamiento. Incluso he llegado a pensar que era él, su espíritu, su energía o lo que sea, la causa de mi punición, al haberle robado sus palabras, sus recuerdos, sus vivencias, para utilizarlas en mi provecho.

Tonterías. Ahora que siento la tranquilidad, la calma que propicia el saber que todo está perdido, que no puedo

dar pábulo a una mínima esperanza, comprendo que ha sido tan solo una malhadada jugada del destino. Una brizna encendida que el azar ha dispuesto en el punto justo para causar una enorme deflagración. Así de simple y de patético.

Si de verdad la justicia divina actuase en este mundo seguro que recaería sobre otros que, sin duda, deben ocupar un escalón de maldad mucho más elevado, y que, sin embargo, continuarán disfrutando de sus engalanadas existencias. A fin de cuentas, yo no he hecho daño a nadie. He mentido, sí. En cierto modo me he apropiado de la vida de otro, también. Pero ese otro no habita ya este mundo, por lo que no creo que le importe demasiado allí donde esté. O quizás sí... Después de decenas de horas filosofando sobre el tema, reconozco que no he podido llegar a esbozar una conclusión medianamente aceptable.

Pero mejor, en lugar de continuar divagando, pasaré a relatar el principio, la raíz de todos mi males (más bien del único y supremo mal que me aguarda: la muerte) para poner en antecedentes a esa hipotética persona que espero algún día tenga la posibilidad de leer este manuscrito. La verdad es que tengo mucho que contar y no sé de cuánto tiempo dispondré. Tenía que haber comenzado a redactar esto tiempo antes, pero la angustia, el miedo y la rabia nublaban mi mente de tal manera que me incapacitaban para hilvanar un solo pensamiento lógico.

Supongo que con el racionamiento severo que me he impuesto tendré tiempo suficiente para terminarlo. Aunque como me veo obligado a beber vino en lugar de agua, no tengo muy claro si la deshidratación me pasará factura antes. Debí haber comenzado a limitar agua y alimentos mucho antes. Pensé en ello, pero al instante me

pregunté para qué, con qué objeto... ¿Para prolongar mi agonía? Entonces no se me ocurrió dejar testimonio escrito de mi desdicha.

Y ya estoy divagando de nuevo. Lo siento anónimo lector. Entiéndeme. Siento vértigos, el estómago vacío y ando algo achispado pues me he ventilado un par de botellas de vino mientras escribo estas líneas. Y lo que de verdad necesitaba ahora -aparte de la maldita llave de esta cárcel- es alguien con quien conversar, al que referir mis cuitas. Tendrá que disculpar mis desvaríos... Ya voy al grano.

Me llamo Alfredo y soy hijo único de un matrimonio más que acomodado. Hijo único de unos padres que fueron como la noche y el día. Dos caracteres contradictorios que aún no me explico cómo pudieron congeniar. Y en mitad de esa bisagra de movimientos antagónicos... me movía yo.

Mi padre murió relativamente joven. Fue un afamado catedrático de literatura. Un laureado novelista y ensayista. Sí, un enamorado de la literatura, de las palabras, de esas cosas que cada vez se llevan menos en este tecnocrático mundo que cada día arroja a la basura más valores (y esos no parecen tener reciclaje).

Nunca me llevé bien con él. Permanentemente embebido en sus estudios y escritos apenas se preocupó de mí. Era madre la que jugaba conmigo, la que me llevaba al parque, la que me enseñó a montar en bicicleta... Mi padre nunca tuvo tiempo para esas cosas. Tan solo hubo una etapa en la que pareció despertar de su letargo e intentó ocuparse de mí. A su manera, claro. Pero pienso que se dio cuenta de que mi inteligencia no era en absoluto comparable a la suya y ante tal decepción decidió desentenderse por completo de mi educación.

Es cierto que jamás me reprochó nada ni me impuso cortapisa alguna, supongo, que porque enfrentarse conmigo era hacerlo con madre, y me imagino que antes de desencadenar una guerra prefirió dejar la cosa correr. Y a mí por imposible. Lo que no me supuso ningún trauma, más bien un alivio. Llegado a ese punto, simplemente decidí ignorarlo e incluso dejé de hablarle. Y no me costó trabajo hacerlo por muy drástica que pueda parecer mi actitud.

Lo cierto es que he envidiado a mi padre desde que tuve uso de razón. Una envidia feroz que se fue acentuando con el paso los años hasta llegar casi al odio. Aunque en realidad nunca quise ser como él. Estirado, serio, siempre rodeado de libros. Para mí era una *rara avis*, y desde luego, no compartía sus gustos, que más me parecían excentricidades por mucho dinero que ganase con ello (para qué tanto esfuerzo si apenas salía de casa excepto para asistir a sus clases, presentaciones o conferencias.).

Desde temprana edad se despertó en mí una especie de alergia hacia los libros, quizás por vivir rodeado de ellos. Por el contrario, mi madre estaba convencida de que mi destino era convertirme en un afamado escritor... Iba lista, pensaba yo cuando tuve conocimiento para ello. Que la vida se encargaría de desmentir mis pensamientos... eso no podía haberlo previsto.

Jamás obtuve buenas notas. No fui precisamente un alumno aplicado. Justo es decir que no me esforzaba demasiado -más bien nada- quizás llevado por esa animadversión que sentía hacia los libros. De manera que empecé una carrera unos cuantos años más tarde de lo conveniente, tan solo por darle gusto a madre y como coartada para poder seguir con mis francachelas y juergas.

Yo tenía muy claro que no sería nada en la vida. Esa frase tan típica que se dice como si por pelotas todos los humanos tuviésemos que destacar en algo. ¿No sé es *alguien* siendo simplemente persona, sacando adelante a una familia y esas cosas?

Pero en mi caso, la frase sí estaba perfectamente aplicada en el sentido más literal. Ciertamente, me dedicaba a vivir la vida sin preocuparme por nada más. Trabajar y esas cosas... ¿para qué? Mi padre obtenía succulentos ingresos, y ese legado junto con el de mi madre, que recibía cuantiosas rentas de varias fincas de su propiedad, me garantizaban la estabilidad económica para el resto de mi vida. Tan solo la envidia que sentía por mi padre me amargaba la existencia.

Madre siempre habitó un mundo paralelo al nuestro. Jamás la vi con un libro en las manos. Ni tan siquiera de padre. Lo cierto es que -aunque me duela reconocerlo- madre es una mujer de una simpleza rayana en la más absoluta estupidez. Pero eso sí, se le caía la baba con mi padre. Sentía por él una admiración casi obsesiva. Para ella no era un hombre, sino un semidiós... y estaba convencida de que su vástago -o sea yo- también tenía desde el nacimiento un lugar reservado en el Olimpo.

No obstante, tengo que decir en su defensa que es una mujer en extremo cariñosa y de buen corazón, aunque no haya quien la saque de su Edén particular, un mundo brillante y esmerilado donde nada nefando puede suceder.

Mi padre, tan dado a peroratas y engolados discursos, no podía hablar con ella más que de banalidades, de simplezas. Como dije antes, no entiendo cómo pudieron congeniar. Quizás la belleza de madre eclipsaba ese defecto, o tal vez su sencillez, representaba para padre un oasis donde aislarse del tráfago de palabras ampulosas que constituían

su vida. Debe ser cierto eso de que los polos opuestos se atraen... Pero esa forma de ser de madre, para la que todo era de color rosa, capaz de idealizar hasta el verde de las lechugas, me hizo mucho daño. No hace falta describir la clase de educación que recibí. Se me consentía absolutamente todo.

Madre asumió la muerte de mi padre con una filosofía difícil de entender. Lloró por él, estuvo una temporada afligida sin salir de casa, pero aparte de ese breve lapso, su mundo de color rosa apenas sufrió un leve deslavazado. Y enseguida se acogió a una categórica resignación, como si la realidad fuese tan solo un capítulo más de una de las telenovelas que acostumbraba a ver.

Hasta entonces me había tratado con una condescendencia absoluta. Jamás me reprochó mis continuos descalabros en los estudios, mi desidia total hacia cualquier cosa que pudiese representar el más mínimo esfuerzo. Todo me lo disculpaba. Pero supongo, que cuando faltó padre decidió que había llegado el momento de que yo ocupase su lugar. Pienso que necesitaba perentoriamente a su lado alguien a quien admirar, alguien famoso... y se transformó en un agramente martillo pilón que golpeaba mi mente sin cesar: había llegado la hora de convertirme en el escritor que estaba destinado a ser. Y ahí comenzó mi calvario, que jamás pude figurarme acabaría en este Gólgota que ahora habito.

Primero fueron las pesadillas. Odio hasta el describirlas. Me despertaba varias veces a lo largo de la noche, sudoroso y con el corazón trepidando. Y todas tenían un punto en común. En ellas mi padre me infligía algún tipo de tortura utilizando los libros. Me los hacía tragar, los disponía a modo de leños como quien prepara una pira, me

aplastaba entre sus páginas... ¿Pero qué había hecho yo para merecer aquello?

Paulatinamente, comencé a sentir un desinterés, una incomprensible apatía con respecto a la vida que había llevado hasta entonces. Las mujeres, las juergas, los viajes, el vivir sin necesidad de mirar el reloj, ya no me satisfacían. En el fondo, intuía que quería algo más. ¿Pero qué?

Me despertaba antes de clarear sin un objetivo concreto, dedicando la mayor parte del día a deambular por la casa como si alguna fuerza extraña me mantuviese encerrado -curioso, ahora que lo pienso sentía lo mismo que hace unos días, cuando constaté que estaba atrapado en esta ratonera.

A menudo me sentaba -no podía evitarlo, no era mi voluntad la que me obligaba a hacerlo- en el sillón del despacho de padre. Garabateaba algunas frases cuyo destino inmediato era la papelera. A veces me encerraba en la biblioteca y tras repasar los anaqueles terminaba sentado en su sillón con un libro en las manos, que escogía al azar, pero que ni tan siquiera abría.

Mi madre, cosa rara en ella, fue consciente del cambio de hábitos -por otra parte extremadamente obvios incluso para ella- y me miraba con ojos embobados, engolosinados, en la convicción de que al fin había decidido seguir los pasos de padre.

Recuerdo que aquel día me levanté mucho antes del amanecer. Me fui directamente a la biblioteca y como de habitual cogí un libro al azar: *El club de los poetas muertos*, de N. H. Kleinbaum. Y lo leí de un tirón. Fue el primer libro que leí voluntariamente.

Ahora pienso que algo me inficionó mientras absorbía con deleite aquellas letras -algún contagioso gen de mi

padre que igual se había quedado atrapado entre sus páginas- pues a partir de ahí adopté la costumbre de leer un libro cada día como por prescripción médica. Y las pesadillas comenzaron a remitir aunque seguía siendo incapaz de volver a mi disipada vida anterior._

Aquella mañana recibí una inesperada visita. Entró junto con mi madre en el despacho tras anunciarse con unos leves golpes en la puerta. Tuve el tiempo justo para abrocharme el pantalón y apagar la pantalla del ordenador. Sí, me pillaron en mitad de un acto onanista, una concesión que me hice por ver si espabilaba aquello que últimamente parecía estar hibernando.

No sé cómo pude disimular la vergüenza. Sé que mis mejillas alcanzaron un tono granate difícil de sobrepasar. Mientras intentaba recomponer mis facciones (reprimiendo a la par las ganas que tenía de lanzarles el ordenador a la cabeza) reparé en la estampa que tenía frente a mí.

Madre tenía las manos juntas sobre el bajo vientre y en su rostro, más beatífico que de costumbre, una amplia sonrisa se dibujaba en una boca tan abierta como un buzón de correos. Le acompañaba un señor panzudo, trajeado. El mejor amigo de mi padre, un tipo presuntuoso que me caía fatal. Y allí estaba, mirándome como tenía por costumbre, con desprecio, como si yo no fuese más que un vulgar insecto. O más bien un parásito (palabra que mi padre empleó conmigo más de una vez en los tiempos en los que solíamos discutir antes de dejar de hablarnos).

Ese hombre, además de un obeso empedernido, era el presidente de la editorial que publicaba las obras de mi padre. Y enseguida supe a qué venía antes de que madre, con su candidez acostumbrada, abriese la boca para elogiar mis escritos. (¡¿Qué escritos?!).

El panzudo, que nos conocía a la perfección, subió los decibelios del sarcasmo de su sonrisa consciente de lo ilusa que era mi madre y sospechando -seguro que mi expresión se lo dijo todo- la verdad: que yo tenía lo mismo de escritor que él de arzobispo.

Cuando madre se acercó a mí, y tras darme dos sonoros besos en las mejillas me dijo que le dejase leer a esa especie de inquisidor que tenía enfrente -ahora a punto de desternillarse de risa- lo que llevaba escrito, se me quedó una cara de tonto capaz de arrancarle una risotada a un cadáver.

Me recompuse como pude y me retapé en el sillón con aires de suficiencia. Le di un click al ratón con un ademán de misterio que se evaporó rápidamente al percatarme de que por un instante brilló en la pantalla un fotograma porno. Me puse de inmediato ante el monitor bajo la mirada atenta y punzante del panzudo que a duras penas pudo contener las carcajadas. Hasta se le saltó una lágrima al muy cerdo.

Entonces algo se removió dentro de mí. Supongo que la indignación que sentía me dio alas, pues lo miré desafiante y sin saber cómo comenzaron a surgir las palabras de mi boca. Le expliqué, con una locuacidad que me sorprendió incluso a mí, la sinopsis de la novela en la que se suponía estaba trabajando (a la par que pensaba: *tierra trágame*) para concluir que no podía entregársela pues apenas había redactado un enmarañado borrador. Madre me abrazó gritando: *¡mi escritor, mi escritor!*, mientras la mirada del panzudo y la mía entablaban un duelo que en el oeste hubiese concluido a tiros. Cuando madre dejó de estrujarme, y antes de que el panzudo pudiese meter baza, le prometí que en un par de meses me pasaría por la editorial. Y que

por favor, me dejasen trabajar pues me habían cogido en plena inspiración.

Salieron enseguida del despacho como si se hubiese declarado un incendio. Mamá mirándome arrobada, el panzudo al borde del *delirium tremens* de la risa, colorado como un tomate, matizando con su amplia sonrisa alguna pérfida intención...

Ya estaba liada. Había caído en el cepo como un vulgar conejo. Y ahora... ¿Iba a defraudar las expectativas de mi madre y a permitir que el tío ese se refocilase a mi costa dejando mi farsa al descubierto?

¡Y una mierda! Me juré que iba a escribir esa novela. Que me iba a convertir en un escritor de renombre. Sí, lo iba a conseguir. A fin de cuentas era hijo de mi padre, llevaba sus genes y... Me detuve en mitad de la habitación. ¿Yo escribiendo? ¿Qué? ¿Si ni siquiera me acordaba del argumento de lo que había publicitado como mi hipotética novela!

Pero para mi sorpresa, afronté las semanas subsiguientes con un denodado ánimo y una energía de las que jamás supuse pudiese hacer gala.

Me levantaba bastante antes del amanecer y salvo un par de breves lapsos que empleaba para comer frugalmente no cesaba de trabajar hasta bien pasada la medianoche. Antes de acostarme contemplaba con delectación esos folios saturados de letras cuyo grosor aumentaba apreciativamente.

Poseído de una intensa actividad creadora, literalmente ensimismado, no era consciente del paso de las horas ni que estas se acumulaban en días y semanas... hasta que recibí la llamada. El panzudo. Quería ver mi trabajo. Textualmente, omitiendo el deje de sorna -imposible de transcribir con palabras- "ardía en deseos de paladear mi obra magna". No obstante, obvié el tonillo (mordiéndome

la lengua) y le respondí de manera aséptica, atiplando la voz, deleitándome contemplando los folios que contenía la canastilla convencido de que tenía ante mí la semilla de un indiscutible éxito editorial -al menos por la altura lo parecía-. De manera que quedamos para dos semanas después, tiempo que estimé como sobrado para terminar de perfilar mi gran novela.

Sorprení varias veces a la secretaria del lustroso presidente de la editorial mirándome con algo más que curiosidad. Llevaba al menos una hora esperando y ya estaba empezando a perder la paciencia. ¿Me hacía aguardar ex profeso -por joder-, o de verdad estaba ocupado? Me decanté decididamente por la primera opción, lo que no hizo más que aumentar mi indignación.

La secretaría seguía mirándome disimuladamente de hito en hito con ese matiz de curiosidad que comenzaba a cabrearme. Como venganza clavé la vista sin disimulo en sus largas piernas -que visualizaba en toda su extensión dado que la mesa en la que trabajaba era de metacrilato transparente- con el mayor descaro posible.

Como pretendía, acabé poniéndola nerviosa. Ya no sabía qué hacer para evitar mi mirada. Cambió varias veces de postura mientras tiraba del borde de la minifalda como si lo escueto de la tela fuese a dar más de sí. Hasta llegué a pensar que de seguir así iba a terminar con la prenda por las rodillas.

Convencida ya de lo vano de sus maniobras -yo seguía con la vista fija en sus lustrosos muslos- se situó de perfil lanzándome una furibunda mirada que me hizo soltar una carcajada.

Entonces pensé en mi apariencia. Sí, quizás era eso simplemente lo que le había llamado la atención. Me reconocía ojeroso -llevaba dos noches sin dormir- desaliñado y

maloliente -no me había cambiado en dos semanas-, aspecto que, evidentemente, chocaba con las personas más que acicaladas que deambulaban por el edificio. Me encogí de hombros y me dediqué a contemplar con fingido interés los cuadros que ornaban las paredes. Sí, mejor correr un tupido velo. Ya había hecho bastante el imbécil.

Tiempo después conocía de sobras las dimensiones de la amplia sala pues la habría recorrido un centenar de veces ante la indiferencia absoluta de la secretaria, que parecía disfrutar con mi creciente nerviosismo. En un momento dado me detuve frente al ventanal y me vi reflejado. Estaba blanco, más bien cadavérico. Me había desinflado por completo. La ira que arrastraba desde hacía días, las ganas de cantarle las cuarenta a ese capullo al que consideraba culpable de todos mis males se había desvanecido. Tan solo sentía ganas de llorar y una desazón inhóspita agobiándome ante la constatación ineludible de mi más estrepitoso fracaso. Rememoré entonces esa última semana de pesadilla. Ese tiempo en el que mi vida se puso patas arriba.

Al día siguiente de la llamada del panzudo cogí la voluminosa y recién terminada novela paladeando ya el sabor de los laureles. Pero me bastó una somera lectura para que la realidad me devolviese con un soberano pescozón la cordura. Lo que había escrito era una auténtica mierda. Así, sin ambages ni paliativos. Independientemente del tiempo perdido miserablemente, de que mis ilusiones se desvaneciesen, de corroborar lo que ya sabía -que era un inútil para la escritura-, y de haber defraudado a mi madre... ¿Cómo iba a enfrentarme al panzudo? ¿Iba a darle la satisfacción de reírse en mi cara, de pisotear mi amor propio con esa sonrisa sarcástica de autosuficiencia que hacía que se me revolviesen las tripas?

Pasé las noches siguientes en una duermevela continua entre disquisiciones y dudas, tanto intentando asimilar la realidad como buscando una salida airosa.

Primero, decidí obviar la cita. ¿Me obligaba algo a ir? No. ¿En algún momento de mi vida deseé ser escritor? No. ¿Mi madre tenía derecho a exigirme que me convirtiese en algo que yo no quería y para lo que por añadidura tampoco tenía aptitudes? No, no y no. Yo era el único que debía decidir qué hacer con mi vida. ¿Entonces? Acudiría a la cita pero para mandarlo al carajo. Le diría que no me venía en ganas de publicar en su cochambrosa editorial, que no lo haría con ninguna, puesto que no me interesaban ni la fama ni el dinero, que escribía por mero placer y que no iba a permitir que editorial alguna se lucrara con ello, que si algún día me decidía a divulgar mi obra lo haría en Internet, gratis, y en el más estricto anonimato...

En ese momento fui consciente del paisaje que recogían los ventanales. De la fisonomía de una ciudad plétora de vida, de actividad, donde cada cual, como podía o a su manera, sujetaba su vida a un trabajo, a una familia o a lo que fuere. Mi imagen, sobrepuesta al cristal, me transmitió la sensación de no ser más que otra molesta y ociosa mosca que paseaba sus patitas asquerosas por la pulida superficie.

Humillado, salí de allí ante la perpleja mirada de la secretaria. Me sentía herido en lo más profundo de mi amor propio, pero de nuevo con una firme convicción aferrándose a mis entrañas: no sabía cómo, pero iba a ser escritor. Me costase lo que me costase.

(Por cierto, que antes de entrar en el ascensor me pareció escuchar unas risotadas a mis espaldas que atribuí al panzudo. Supongo que sería fruto de mi imaginación).

Nada más llegar a casa madre vino hacia mí con los brazos abiertos. Le di dos besos apresurados y sin más, me dirigí a mi habitación. Agarré una maleta y metí dentro la ropa que me pareció. Entré en el despacho de padre y cogí mi portátil y la llave que albergaba el segundo cajón del escritorio.

De seguido, me enfrasqué en un saqueo sistemático de aquellos libros que padre consideraba prominentes. Los volqué sin demasiados miramientos en la alfombra persa y uniendo sus puntas formé un improvisado hatillo. A duras penas comencé a bajar las escaleras cargado como un burro.

Madre seguía en el mismo sitio con una sonrisa a medio hacer congelada en los labios. Me miró como si me hubiese vuelto loco al verme de esa guisa y empapado en sudor. Deposité un beso largo y sentido en cada una de sus mejillas y le dije adiós. Pensé que sobraban las explicaciones, entre otras cosas, porque yo mismo no sabía qué estaba haciendo.

Cargué el coche y suspiré sentado ante el volante. Miré hacia la casa y vi la figura de mi madre, su rostro estupefacto cubierto de lágrimas y un gesto de adiós detenido en su mano levantada. Evidentemente intuyó que algo grave pasaba. Lo que sí es seguro, es que no podría suponer que había tomado la decisión más drástica de mi vida, aunque a mí mismo me pareciera una locura.

Yo entonces tampoco podía suponer que había comenzado a trazar una línea que acabaría escindiendo mi vida en dos, y que tiempo después, esa línea se convertiría en una fractura que me llevaría a otro mundo: al de los muertos.

Quedó conmigo en el coche. A regañadientes, como si yo no fuese más que un recadero, un limpiacristales o un vendedor de pañuelitos de papel. Me lo dejó muy claro: unos minutos tan solo por la amistad que lo unió con mi padre.

Realmente me jodió aquel trato tan despectivo, claro que, después de la manera en la que salí aquel día de su despacho, tampoco era de esperar un tono meloso o alharacas. También tengo que reconocer que había ignorado sistemáticamente las llamadas que me hizo con posterioridad. De todas formas, él se lo buscó al hacerme esperar adrede para exasperarme (estaba convencido de ello). De ser culpables de algo (descortesía al menos) lo éramos los dos. Pero era él quién tenía la sartén por el mango, de manera que decidí plegarme a su capricho.

Exactamente a la hora convenida una soberbia limusina se detuvo ante la puerta de casa. Sonó un estridente claxon un par de veces. Yo había decidido devolverle la pelota haciéndolo esperar -llámenme infantil si quieren- pero intuí que de no aparecer enseguida se marcharía, por lo que me dirigí hacia el vehículo de inmediato.

Me subí a la parte trasera donde el panzudo se había situado en el otro extremo. Ni tan siquiera se dignó a devolverme el saludo, de manera que me limité a arrojar el texto sobre el asiento con un ademán de fingida desgana.

No le sentó bien. Me miró sin poder disimular algo muy parecido al odio, pero cogió el voluminoso montón de folios y empezó a ojearlo. Me di cuenta de que pasaba las páginas con dos dedos, como si se tratase de alguna inmundicia supuestamente contagiosa y del rictus de asco que tensó sus facciones. Siguió pasándolas con la meticulosidad del científico que examina un virus peligroso hasta que comenzó a cambiarle la cara (expresión más que ajustada a lo que le ocurrió a su rostro), se le acentuaron las arrugas de la frente, los músculos se le tensaron de tal manera que su perfil pasó del redondeado untuoso a adoptar

una forma increíblemente afilada. Y progresivamente fue tomando un tono ceniciento, diría que azulado o algo así.

Estuvo un buen rato enfrascado en la lectura -no podría precisar el tiempo, yo estaba viajando en una nube hasta que volvió su mirada hacia mí. Estaba literalmente boquiabierto, componiendo una cara de “yo esto no me lo creo”, o dicho simplemente, de bobalicón, a la par que babeaba como un recién nacido.

Lo miré con indiferencia, sin dignarme a abrir la boca. Salí del coche complacido. Sabía que en breve tendría noticias tuyas y que me aguardaba el momento más esperado de mis últimos años: la firma de mi primer contrato con una editorial.

Aquella, mi primera novela, fue un éxito rotundo. Y no, no hizo falta operación de máquetin alguna, ni esas maniobras que acostumbran a realizar las editoriales para encumbrar a los enchufados de turno pasándose por los forros la buena literatura -cuánta de ella dormirá en un cajón para siempre- y el respeto que merecen los lectores.

Con la segunda novela las ventas se dispararon y la tercera arrasó. El panzudo solía recibirme con respeto pero con frialdad, a pesar de que en ese momento sería de los autores que más dinero le reportaba. Pero no podía evitar su animadversión hacia mí. Y era un sentimiento mutuo.

A pesar de todo, me propuso para mi siguiente novela apañarme un premio de los que hoy han mutado en un trampolín para dar a conocer -o darle más realce- al escritor que le venga en gana a la editorial al margen de cualquier otro mérito.

Se quedó con la boca abierta cuando me negué a aceptarlo. El premio era ciertamente jugoso, tanto por la cuantía como por la repercusión mediática que acarreaba, por

lo que realmente me escoció tener que rechazarlo. Ante el panzudo alegué que me bastaba y sobraba con el aprecio de mis miles de lectores, el haberlo conseguido por méritos propios, sin sucias maniobras, y que no iba a empañar mi imagen por más laureles o dinero. Que se guardase el enchufe para alguno de esos escritorzuelos de medio pelo que mantenía en nómina.

Salí del despacho henchido de orgullo y tan satisfecho como si le hubiese dado un mamporro en las narices. Pero mi alegría era ficticia. A cada paso que daba se cimentaba más mi gran mentira, y no podía sustraerme a la amargura de disfrutar una fama y un éxito que no me merecía.

En pocos años me había convertido en el escritor de moda. La gran revelación. Incluso eclipsé la fama de mi padre. (Algo que me satisfizo solo a medias dadas las circunstancias. En el fondo, ante él -más bien ante su memoria o lo que sea- seguía siendo un fracasado. Amén de tramposo).

Madre vivía en las nubes, yo más bien en el limbo. Ganaba dinero a espuestas, tenía miles de seguidores en las redes sociales, jamás había tenido tanto éxito con las mujeres y me estaba vengando a modo del panzudo, que había abandonado sus ínfulas de altos vuelos para comer como un gorrioncillo -muy orondo, eso sí- en mi mano. Pero mi secreto me reconcomía por dentro, no podía evitarlo, lo que me hizo regurgitar todo ese ácido corrosivo a mi alrededor.

A padre lo presenté como a un ser malévolos que por puros celos puso todo tipo de cortapisas para evitar mi carrera como escritor. Al panzudo y a su editorial le di un varapalo mayúsculo. Denuncié la proposición de amañarme premios -incluso lo acusé de coacción-. Y ya de paso, la emprendí contra el mundo editorial, especímenes

repugnantes empeñados en convertir la literatura en una prenda de moda, en un engaño bobos con el dinero como único fin.

Defendí a tantos y tantos buenos escritores que morirían en el anonimato con sus obras inéditas: los amigos de los amigos de los amigos de ese mundo cada vez más espurio siempre ocuparían un lugar privilegiado en la rampa de salida pervirtiendo premios y galardones y relegando los valores al último puesto, a la espera de que la casualidad o bien algún milagro les conceda una oportunidad.

A los agentes literarios también les di lo suyo, comparándolos con los abogados que defienden a reconocidos criminales: útiles por necesidad del sistema, pero que a la postre no realizan más que un abyecto y sucio trabajo que por muchos circunloquios que se le quiera dar acaba siempre en la palabra dinero.

De esa manera, investido de humildad, iba preparando mi coartada. Mi retirada obligatoria del mundo editorial. Algo que, en realidad, no sabía si me molestaba o me agradaba. Porque en el fondo... ¿Vivía feliz? Me temo que en absoluto. Sí, aparentemente lo tenía todo. Pero era un hipócrita. Un falsario. Y por más placeres que disfrutase no podía sacarme de la cabeza aquello que me pesaba cada día más.

¿Una reconcomía absurda? Tal vez, pero no puede uno quitarse la conciencia como una camisa sucia, echarla a lavar y ponérsela de nuevo.

A veces, me miraba en el espejo y tras mi rutilante aspecto me parecía ver las alas de impiedad del fantasma de mi padre, los garfios del panzudo, la candidez de mi madre y la sombra negra de aquel desconocido de cuyas vivencias me había apropiado.

Vivir en ese mundo de falsedad me estaba pasando factura, o quizás todo se debiese a que solo me quedaba un manuscrito, caótico e inacabado, más bien meras notas, sobre el que no podía sustraerme a la idea de terminar, tanto por ofrecer una especie de homenaje a mi involuntario benefactor, como por lograr que una obra fuese mía -al menos en parte.

El manuscrito recogía una trama encajada en una familia tan malévola como adinerada, y el pasaje principal trataba sobre el supuesto rapto que el hijo del todopoderoso patriarca urde con la complicidad de un amigo. El hijo repasa la historia de la familia y sus propias culpas en un encierro que aparenta definitivo por una serie de casualidades. Y a mí se me ocurrió recrear la escena con todos los detalles del decorado con la intención de acercarme lo más posible a la angustia que se debe sentir en tales circunstancias.

Lo que nunca llegué a pensar fue que podría terminar como presumiblemente acabaría el personaje de la novela (como he dicho estaba inconclusa) que agoniza en la última escena arrepentido de sus maldades.

Mi padre había heredado hacía años aquella casona que pertenecía a su familia desde varias generaciones atrás. Y se le ocurrió reformarla lo imprescindible para hacerla medianamente habitable (algo así como una cuarta parte dadas sus desmedidas dimensiones) pensando que sería un buen lugar para desarrollar su oficio.

La casa está ubicada en un altozano rodeada de una burrada de hectáreas de arboledas y cultivos, lejos de cualquier lugar habitado si exceptuamos una cortijada donde habita la familia que desde hace años arrienda la zona cultivable. De niño pasé allí algunas temporadas. A padre le

encantaba. Pero madre se aburría como una ostra (no había televisión, la luz la proporcionaba un generador).

Yo, al principio, disfrutaba recorriendo el desván, inspeccionando el enorme sótano que a modo de laberinto ocupa toda la planta de la casa. Aquello era un auténtico museo de antigüedades que atiborraban todas las estancias, en las no restauradas bajo una capa de medio metro de polvo. Pero no era precisamente la curiosidad por lo antiguo lo que me animaba, sino lo que me contó el padre de quien arrendaba las tierras. Un viejo arrugado como una pasa que había pasado ya los cien años y que tenía una mirada de loco que espantaba.

La familia (el viejo, el hijo, la mujer de este y ocho niños) vivían en la casa situada sobre un cabezo, apenas a quinientos metros de la de mi padre. El viejo había llevado ambas fincas antes que el hijo, e incluso de joven había habitado una temporada la casona.

Cuando llegamos a la cortijada se acercó a padre con ojos ávidos y comenzó a farfullar sabrá Dios qué. El hijo nos pidió disculpas con un gesto de resignación y se llevó al viejo fuera, sentándolo en un poyo de mampostería. A mí no me hizo ninguna gracia aquel hombre decrepito, desdentado y con esos ojos saltones, pero me había parecido entender de su inconexa parrafada que quería advertir a padre sobre un fantasma que desde que era un zagal deambulaba por la casona. Y, por supuesto, antepuse la curiosidad a esa sensación de repugnancia (mezclada con algo de miedo) que me causaba aquel hombre.

Me senté a su lado y lo miré intentando esbozar una sonrisa amable pensando cómo tirarle de la lengua. Pero no hizo ninguna falta que me devanase los sesos. El viejo, nada más me vio a su lado, me agarró del brazo y comenzó

a hablar de corrido, como temiendo que me fuese a escapar (cosa harto complicada con aquella especie de garra de largos dedos sujetándome el brazo).

Al parecer, antes de casarse vivió en la casona una temporada. Pero al poco tiempo tuvo que salir de allí por pies, jurándose no volver a pisar más aquel lugar.

El viejo me contó que había presenciado hechos inexplicables. Ruidos de pasos en la noche, cosas que cambiaban solas de sitio, objetos que desaparecían... Al principio pensó que alguien (un ser humano de carne y hueso) vivía también en la casa. Y la registró a conciencia aunque sin resultado.

Cuando un día se encontró con sus pertenencias destrozadas se convenció de que aquello era obra de un merodeador. Pero por más que cerraba la casa a cal y canto el sujeto debía ingeniárselas para entrar. Y las cosas empeoraron. Una noche mientras cenaba su cama comenzó a arder. Al día siguiente, junto con su padre y hermanos registraron la vivienda palmo a palmo, pero no encontraron el más mínimo rastro que indicase que otra persona viviese allí.

A vueltas de aquello pasó muchas noches en vela armado con una escopeta intentando sorprender al supuesto merodeador. Hasta que una noche le alertaron unos ruidos en el desván. Con cautela y el arma amartillada se dirigió hacia allí. Se quedó alobado cuando aquella sombra negra pasó cerca de él. No le pareció un ser humano. Aun acojonado, la siguió a distancia por las escaleras que bajaban hacia el sótano. La sombra avanzaba con lentitud, hasta que tras deambular un buen rato por los intrincados pasadizos de aquel inmenso subterráneo se adentró en la bodega.

El hombre se armó de valor y entró como una tromba arma en ristre dispuesto a descerrajarle un tiro a esa cosa,

fuese hombre o no... pero allí no había nadie. Y era imposible esconderse en aquel lugar donde solo algunos anaqueles (conteniendo un buen número de botellas de vino cubiertas de telarañas) ocupaban las paredes. Al día siguiente recogió sus cosas y se marchó. Y el viejo me juró que algunas noches había visto luces moviéndose tras las ventanas... pero que nunca volvió a poner los pies en la casa.

Ni qué decir tiene que tras enterarme de aquello y llevado por la candidez de la niñez disfrutaba dedicándome a la caza del hipotético fantasma. De día recorría la casa buscando huellas, de noche deambulaba sigiloso con una cámara en las manos intentando captar un fotograma que, pensaba, me haría famoso. Pero pasado un tiempo me pudo el aburrimiento, coligiendo que, o bien el viejo chucheaba, o aquel espectro había cambiado de domicilio. Y auné fuerzas junto a mi madre para darle la paliza a padre sobre aquel aburrido lugar.

Padre al principio se resistió, argumentando lo que le había costado la reforma y que, al fin y al cabo, solo se trataba de pasar unos pocos días varias veces al año. Pero madre, por primera vez en su vida, se mostró inflexible en algo: ni ella ni yo volveríamos a encerrarnos en ese nido de polvo y ratones. Padre se fue un par de veces solo, pero como no podía pasar sin madre acabó por resignarse a cerrar la casona definitivamente. Y desde entonces había permanecido deshabitada hasta que aquel día decidí volver.

Cuando abrí el portalón me asaltó un desagradable olor a polvo y humedad. Las telarañas esparcidas por doquier dotaban a las habitaciones de un aspecto realmente fantasmal, de manera que, para empezar, tuve que dedicarme a una limpieza exhaustiva aguantándome las ganas de comenzar a trabajar como un poseso...

Transcurridos un par de meses mi ilusión se había desvanecido trocándose en desencanto. Cómo había podido ser tan imbécil. Qué pensaba... ¿Que iba a encontrar inspiración en aquel lugar? ¿Qué clase de inspiración? Había tenido ya suficientes pruebas de que no tenía ni una astilla de madera de escritor. Que estaba intentando mover montañas. Había leído y releído los libros preferidos de padre intentando forjarme un estilo, darle un punto medianamente literario a lo que escribía. Inútil esfuerzo. Solo me quedaba asimilar el fracaso.

Aquella tarde me dediqué a arrojar a la chimenea los cientos de folios rellenos de gilipolleces que había escrito. Bebía a morro de una botella de un vino que sería excelente pero que no paladeaba, pues lo único que quería era emborracharme lo más rápido posible. Cuando terminé con el vino bajé a la bodega por más. Llevaba ya tres botellas trasegadas, por lo que andaba trastabillando, apoyándome en las paredes para mantener el equilibrio.

Estaba intentando escoger un buen vino cuando se me doblaron las piernas. Me agarré a la desesperada a una especie de moldura en madera que estaba adosada a la pared. La pieza central giró media vuelta y un crujido se dejó oír con nitidez. Aun totalmente borracho como estaba, me fijé en una línea, una hendidura que había aparecido en la pared. Metí los dedos y tiré. Se abrió una puerta recubierta por una fina capa de piedra disimulada a la perfección con el resto del tabique. Entré tambaleándome. En aquel momento comprendí que había descubierto por mera casualidad el cobijo de aquel supuesto fantasma que con tanto ahínco busqué en mi niñez.

Aun mareado y con la monumental cogorza que llevaba encima, tuve tiempo de hacer un rápido inventario de los

objetos que allí había: un enorme baúl adosado a un rincón, fanales colgando de las paredes, unas cajas con velones, algunos utensilios de cocina, una mesa recomida por la carcoma y una silla. En otro rincón, una jofaina sobre una pila de cajas de la que colgaba una toalla enmohecida y, al lado, un catre con un raído colchón a cuyos pies se arremolinaban un barullo de ropas apolilladas... Se me nubló la vista y caí sobre él como un fardo.

Cuando desperté, algo aliviado de la borrachera pero con un tremendo dolor de cabeza, me entretuve un buen rato curioseando por aquella estancia hasta entonces secreta.

Supuse que ya estaría bien entrado el día, pues mi estómago reclamaba comida, pero lo insólito de aquello, el haber descubierto tantos años después el misterio del “fantasma”, me tenía fascinado. De manera que descorché con un herrumbroso cuchillo una botella de vino y me dediqué con fruición a inspeccionar aquel tabuco. Me mordía la curiosidad por saber algo del desconocido y el porqué de permanecer oculto tantos años. Aunque lo que más me desconcertaba era cómo supo de la existencia de aquel habitáculo que ni mi padre conocía.

Saqué la ropa del baúl y eché un vistazo a su contenido esperando encontrar alguna pista sobre la identidad del misterioso “ocupa”. Me sentí decepcionado. No había ni tan siquiera una simple fotografía que pudiese arrojar algo de luz sobre el asunto. Tan solo encontré varios cachivaches y unos cuantos libros infolios primorosamente cosidos con unas finas cuerdas hechas de pita.

Me senté en un borde del colchón para apurar el resto de la botella con uno de aquellos libros en las manos. Las hojas estaban manuscritas con una esmerada caligrafía. Colegí que el sujeto debía de rellenar sus horas de

obligada reclusión escribiendo. Mierda -pensé- escritor tenía que ser. Y comencé a leer aquellas páginas picado por la curiosidad.

Al cabo de un tiempo que no podría precisar de tan embobado como estuve en la lectura, levanté la cabeza asombrado. Aquello era bueno. Realmente bueno. Y sentí una punzada de envidia hasta que en mi embotada mente se abrió paso una idea. Comencé a pasear por la habitación presa de una excitación que jamás había sentido. Tenía en mis manos la obra inédita de un desconocido. Un desconocido que con toda certeza habría fallecido hacía años.

Me lancé literalmente de cabeza sobre el baúl. Había dos novelas más y una inconclusa. Subí que me las pelaba al despacho de padre, puse encima de la mesa los libros y me retrepé en el sillón dispuesto a leerme todo aquello de un tirón. Cuando terminé la lectura -aparte de hambriento y somnoliento- me sentía exultante. Los escritos eran excelentes. No tenía más que pasar los textos al ordenador y hacerle algunos cambios. ¿Quién iba a adivinar que aquellas no eran mis palabras sino las de un... fantasma?

Sí, ya lo habrán adivinado. Para terminar la novela con un mínimo de veracidad se me tuvo que ocurrir la genial idea de hacerme encerrar en la bodega para vivir por mí mismo la angustia de la reclusión. Y para ello, busqué la complicidad del padre del actual arrendatario. Un octogenario muy vivaracho, pero joder, un viejo. Me juró que no hablaría con nadie de nuestro acuerdo y que vendría cada dos o tres días a traerme víveres. Y debió cumplir lo que prometió -al menos la primera parte- al pie de la letra.

Todavía, mientras escribo estas líneas (que parecen danzar ante mis ojos) quiero pensar que su ausencia se debe a una enfermedad pasajera. Pero sé que me engaño

a mí mismo. Si fuese así le habría contado a alguien lo de nuestro acuerdo para que viniese a sacarme de aquí.

¿Un infarto o algo así? Vaya usted a saber. En el fondo sé que el viejo ha debido de morir sin advertir a nadie sobre mi encierro, y que esta lóbrega bodega va a pasar a ser mi mausoleo, donde se pudrirá mi cuerpo, donde permanecerá sabrá Dios por cuánto tiempo.

Aunque para ser sincero ya no me horroriza esa posibilidad. He aceptado mi destino. Cruel y caprichoso, no sé si merecido, pero tengo que reconocer que, en cierto modo, me lo he buscado yo.

De todas formas he prometido, y lo pongo aquí por escrito, que si mediante algún milagro salgo de esta desvelaré al mundo que mi obra no es más que un vulgar plagio y devolveré a ese sin nombre el mérito que merece.

Estoy fatigado. Me acabo de dar cuenta de que estas últimas líneas las estoy escribiendo en oblicuo. La vista se me nubla y siento un sueño pegajoso adobando mi mente. Aún me quiero aferrar a la débil esperanza de que madre eche de menos la llave de la casona y se le ocurra venir a verme. Pero sé que es algo más que improbable y, en todo caso, el tiempo se me acaba.

Querido lector, Morfeo me llama. Y detrás intuyo a la Parca aguardando su momento. Ya no me quedan fuerzas, e incluso me parece que sufro alucinaciones pues creo escuchar unos golpes que parecen provenir de la puerta de la bodega. Un delirio de la imaginación, supongo. De todas formas me veo incapaz de levantarme a comprobarlo. Ni tan siquiera puedo gritar. Esto es el fin. Y estas mis últimas palabras, mi postrera confesión a las puertas de la muerte.

Biografía

Alfonso Sergio Barragán Rincón

Nací en Orcera (Jaén), poseo estudios de Biología y Derecho, de profesión funcionario.

Apasionado por la literatura y la naturaleza, lo que más me gusta es jugar con las palabras para contar historias (mejor si alguna vez puedo deleitar a alguien con ellas).

Aunque trabaje con más asiduidad la narrativa, de vez en cuando necesito desgranar algunas líneas poéticas. También he elaborado guiones de radio y vídeos divulgativos y he sido colaborador habitual de la revista deportiva nacional Trofeo Pesca hasta la desaparición de esta.

Entre palabra y palabra, me gusta perderme en las aguas de los ríos o la mar, donde puedo conversar conmigo mismo, recargar baterías y olvidar cuitas y pesares. Todo antes que asumir el monótono aburrimiento tecnocrático que parecer imponer el siglo XXI.

Poseo (por esos caprichos de la vida, o mediante los avatares de la suerte) del orden de doscientos cuarenta galardones, abarcando diversos géneros: narrativa, poesía, epístolas...

Entre ellos, por destacar algunos, el Concurso de Relatos Leopoldo Alas Clarín de Quintes, Concurso Internacional de Cuentos "Valentín Aandrés", Concurso Internacional de Cuentos de Guardo, primer y segundo premio Certamen Literario Villa de Almoradí, dos veces primer premio Certamen Literario Villa de Montefrío, accésit en el Premio Internacional de Relato Corto Encarna León, cinco veces finalista en el Premio Internacional de Cuentos Max Aub, segundo y tercer premio Fuentes de la Edad, Certamen de Poesía Villa de Mancha Real, Certamen poético "Poeta Marcelino Arellano Alabarces"...

Un libro publicado, el poemario "La potestad del círculo".

XXXI CERTAMEN DE NARRACIÓN
"HERMANOS CABA" 2019 (DENUNCIA SOCIAL)

Más golpes te da la vida

Fernando Molero Campos

Sábado

Pasadas apenas las once de la mañana, como cada sábado, encaramada a sus tacones, Lily arrastraba con maneras de dama conservada en formol, fuera de todo tiempo y de todo espacio, su carro de la compra. Era de color verde con franjas rosas y tenía sólo dos ruedas. Hacía tiempo que el médico le había recomendado cambiar a uno de cuatro. Para aliviar sus problemas de espalda: herencia antigua de un tiempo pretérito que prefería olvidar. Le aseguró que empujar era mucho más saludable para su columna que tirar de un peso muerto preñado de fruta, carne o pescado. Ella asentía con sus largas pestañas postizas y el rojo carmín de sus labios diciéndose para sí: debería, debería. Pero así como no estaba dispuesta a ir al mercado sin maquillaje, en zapatillas o con zapato de tacón bajo, tampoco se iba a permitir el dispendio de cambiar un carro tan bonito y al que tenía tanto aprecio. Por otro lado al mercado de abastos apenas había un paseo. Quizá en el fondo lo que le pasaba es que era incapaz de desprenderse de la carga del pasado. Como si fuera una medalla al mérito anónimo de

haber sobrevivido a pesar de los pesares o una prolongación natural de la carga de piedras que la vida y los años habían ido repartiendo entre su cuerpo y su alma.

La ciudad terminaba de desprezarse y arrojar al cielo azul sus últimas legañas con un ritmo y un rumor de pasos y ruidos distintos a aquellos con los que se desayunaba los días entre semana. Había menos prisas, más amabilidad y una lenta sodomización del tiempo en justa venganza por el tedio y las rutinas a los que los hombres se hallaban encadenados, por castigo divino, de lunes a viernes.

Lily vivía en una calleja estrecha del casco viejo por la que no podían pasar los coches. Sí las bicicletas y las niñas con patines, tan monas, y los perros con sus dueños, que aprovechaban el poco tránsito de la calle para olvidar con un silbido o una mirada perdida al infinito el regalo impuro de los excrementos de sus mascotas. Ella había adquirido una gran habilidad para sortearlas casi sin tener que mirar al suelo.

Introdujo la llave en la cerradura, la giró y empujó una hoja de la puerta. Pero antes de poner un pie en el zaguán, una exhalación con forma de mujer venida no sabía de qué esquina se le adelantó empujándola y refugiándose en el interior de su casa, detrás de la puerta entreabierta, en el rincón más oscuro.

— Oiga, perdone. ¿Adónde se supone que va, señorita? — alcanzó a decir, una mano en el asa del carro de la compra y la otra con la llave todavía en la cerradura.

Agazapada como un animalillo asustado, ahogando el llanto y sus hipidos con las dos manos sobre su boca, la mujer no quiso, no pudo, no supo, no alcanzó a responder nada. De haber podido hablar sólo le hubiera pedido silencio, silencio y que, por favor, no delatara su presencia

allí. Tendría alrededor de cuarenta y cinco años y sudaba pánico por cada poro de su piel. A Lily le sorprendió su extraño comportamiento. Ella no tenía miedo. Qué va. Había aprendido a vivir recibiendo y dando, protegiéndose, esquivando, bailando alrededor de sus rivales y atacando cuando se hacía necesario.

— Oiga.

La mujer parecía buscar un refugio y su casa era lo más próximo que había encontrado. Tras la reja de la cancela, un perro ladraba hasta la afonía.

Lily tiró del peso del carrito hasta que las dos ruedas sortearon la altura del escalón de entrada. Entonces, antes de cerrar la puerta o solicitar nuevamente una explicación a la mujer, un hombre malencarado con el aliento agrio del vino y otras bebidas de más alta graduación alcohólica, detuvo el movimiento de la madera con una mano y le preguntó a bocajarro:

— Oiga, ¿ha visto pasar por aquí a una mujer corriendo?

El perrito continuaba con sus ladridos nada amistosos.

— ¡Calla, Rocky! —dijo su dueña. Y el animal se echó al suelo dedicándole una de esas miradas de desamparo capaces de ablandar un corazón de mármol.

Los ojos implorantes de aquella desconocida le dictaron la respuesta. Lily se asomó a la calle. No le gustó nada del tipo. Ni su aspecto, ni su voz, ni sus intenciones, fueran éstas cuales fuesen. Se encogió de hombros. Hizo el gesto de mirar en dirección a una de las entradas peatonales al aparcamiento al aire libre de un restaurante cercano, uno de los más caros de la ciudad, en el que habían comido desde el rey o la duquesa de Alba hasta políticos de primera fila, cantantes o actores. Ella guardaba como un tesoro una foto con dedicatoria firmada de su puño y letra por

Sara Montiel, con la que tuvo la suerte de cruzarse un día a la puerta del restaurante. Le salió del alma pedirle un autógrafo después de declararse una rendida admiradora. Y la artista, que supo ver en ella a alguien muy especial, pidió a una de sus acompañantes (¿su secretaria?) foto y bolígrafo y garabateó en la misma acera aquellas palabras que había aprendido de memoria para no olvidar en caso de extravío: *Para Lily, hermosa criatura entre las rosas y las espinas. Saritísima*. Le besó la mano que le extendió el retrato deshaciéndose en un millón de gracias.

— Creo que se ha marchado por allí –dijo señalando con la cabeza el portón metálico del aparcamiento que quedaba a pocos metros de su casa, en la acera de enfrente.

De alguna manera intuyó que aquella mala bestia con la camisa desabrochada y el rostro perlado de un sudor fétido no buscaba a la mujer para anegarla a besos ni regalarle flores.

El hombre no dijo nada: ni gracias ni adiós. En unas cuantas zancadas alcanzó el aparcamiento y desapareció de su vista. Ella cerró la puerta de su casa. Presentía problemas. Problemas gordos. ¿Pero qué iba a hacer: delatar a la mujer y mirar para otro lado? En la vida hay momentos para cerrar los ojos, callar y tragar; y momentos para ayudar al prójimo sin esperar nada a cambio, ni recompensa en la tierra ni gloria en el más allá.

— Puedes salir de ahí. Ya se ha ido –dijo.

Las palabras seguían sin acudir a su boca. Estaba muda. Tragaba con dificultad el bolo de lágrimas y mocos que se le formaba en la lengua y le quemaba garganta abajo. Quería agradecer con los ojos. Lily no supo qué más decir. Llevaba tiempo recluida sin demasiado contacto con el exterior, salvo el abastecimiento diario, la compra semanal y los trabajos esporádicos de limpieza o pintura que

algunas vecinas caritativas que la conocían de siempre le encargaban. Se limitó a extender un brazo para que la mujer le tomara la mano y ayudarla así a incorporarse. Por un instante pensó que lo mejor sería no preguntar nada, prepararle una manzanilla y que se marchara por donde había venido cuando estuviera más calmada. Lo último que quería eran conflictos con desconocidos. Su pelea con la vida hacía tiempo que había terminado. Y no estaba segura si la había perdido a los puntos o por duro K.O. De lo que no le quedaba duda alguna era de su derrota. Ahora sólo deseaba la tranquilidad que va preparando para la muerte a los seres vencidos por las circunstancias particulares de su propia existencia. Vivir en paz con los recuerdos y consigo misma, que no era poco. Y eso que aún no había cumplido los sesenta y cinco.

La mujer tomó su mano e hizo el gesto de levantarse. Pero Lily tiró de ella para que no tuviera que hacer ningún esfuerzo. La desconocida se sorprendió de su fuerza. Nunca hubiera imaginado que una mujer de su edad pudiera elevarla del suelo casi como si de un pajarillo con el ala rota se tratara, con seguridad y delicadeza al mismo tiempo.

— Gracias —alcanzó a decir con un hilo de voz—. Le importa si espero un rato más aquí antes de marcharme. Prometo que no la molestaré.

A Lily se le cayó el alma a los pies. ¡Había tanta tristeza en aquella voz! La mujer era guapa. Tenía una belleza apagada por la desconfianza y el sufrimiento.

— Espera, no tengas prisa. ¿Te apetece un café o una infusión?

Asintió con un esbozo de sonrisa.

Lily abrió la cancela y la invitó a pasar a su casa. Rocky le lamió la pierna primero y le echó las patas después. Ella le acarició la cabeza y el lomo y el perro se dio por satisfecho. Las siguió como un miembro más de la comitiva.

La vivienda era un caserón grande y algo destartado con varias habitaciones construidas en torno a un patio cuajado de adornos y macetas, con una mesa y dos sillitas en el centro.

— Qué casa más bonita tiene usted –dijo agradecida.

— Sí. Era de mi madre –dijo Lily.

Se limitó a personalizar la propiedad en la figura materna, a la que siempre estuvo muy unida. Hasta el último de sus días. Pero, ¿y el padre? Ah, el padre. Eso era otro cantar, harina de otro costal, un hematoma justo debajo de las costillas flotantes.

— Murió hace unos años. La consumió una mala enfermedad. No quería abandonar este mundo y dejarme aquí, a merced de las hienas y de las alimañas disfrazadas de ciudadanos honrados y honorables que habitan la ciudad. Era de esas madres que quieren cuidar de sus hijos incluso después de la muerte. Como todas, supongo. Quiero creer que todavía vela por mí desde algún lugar del cielo.

— ¿Y no tiene usted hermanos?

— No. Y tutéame, por favor. Será más cómodo para las dos.

Entraron a la cocina y Lily le ofreció a la mujer una de las sillas que rodeaba la mesa en la que ella solía comer cuando no le apetecía cargar con platos, cubiertos y vasos al salón. Fue descargando el carrito de la compra y colocando cada alimento en su sitio: frigorífico, congelador, frutero...

— ¿Café? ¿Manzanilla? ¿Té? ¿Poleo-menta? –preguntó al terminar.

— Manzanilla, por favor.

Lily preparó dos tazas, dos sobrecitos con la infusión, cucharillas y azucarero mientras se calentaba el agua en el cazo puesto al fuego. Ninguna hablaba. Ambas guardaban silencio. Sólo se escuchaban sus respiraciones, el silbido azul del gas y el entrecocar de los distintos elementos contra la encimera de la cocina.

Justo antes de que el agua arrancara a hervir, retiró el cazo y la vertió en las tazas con cuidado de que no le salpicara. Las puso en la mesa junto con el azúcar y se perdió sin decir nada por la puerta que comunicaba la cocina con el salón. Enseguida volvió con una botella en la mano.

— ¿Unas gotitas de anís seco?

La desconocida negó con la cabeza en un primer momento. Luego, cubriendo con una mano la taza, dijo:

— No, gracias, no tomo alcohol.

La anfitriona rio con ganas para desconcierto de la mujer.

— Pero si el anís es la gracia de la manzanilla. No creo que por un chorrillo nos vayamos a emborrachar, ¿no te parece? Esto es el elixir de los dioses. Sólo su olor es capaz de resucitar a los muertos.

Se arrepintió de inmediato por haber nombrado a los muertos en vano y por su risa fuera de lugar en tan dramática situación.

— Perdona.

— Está bien. Un par de gotas o tres –dijo retirando la mano-. Alguna vez tiene que ser la primera. Por cierto, me llamo Sole –añadió.

— Yo, Lily. Encantada.

Bebieron unos reconfortantes sorbos de la infusión sin decirse nada más. Ni una quería preguntar por no parecer entrometida ni a la otra la animaban unas ganas locas de contar. Sin embargo, mediada la taza, Sole puso al corriente a Lily de cuál era su situación y por qué se había visto obligada a buscar refugio en su casa.

Le contó que llevaba apenas unos meses en el barrio. Que se había mudado no hacía mucho con su marido. Sí, el hombre que la perseguía y que seguro todavía la andaba buscando por los alrededores. Que tenía un hijo mayor de un matrimonio anterior. ¡Se había casado siendo tan joven! Una niña inconsciente que no sabía nada de la vida. Quizá por eso estaba siendo tan dura con ella. La vida. Que hacía años que el hijo se había independizado marchándose a trabajar al extranjero. Que apenas tenía contacto con él. Por su culpa. Por haber metido en su casa a hombres que no la merecían obligándolo a convivir con quienes la hacían sufrir. Hasta que encontró a Pedro, con el que decidió volver a probar suerte en el matrimonio por ser distinto a los demás. Pero todo fue una ilusión. Poco le duró la amabilidad y el amor. Todo se tornó recelos, desprecio, insultos, golpes. Por esa razón prefería cambiar de domicilio con frecuencia, alquilando aquí y allá. Para ocultar a los demás su sufrimiento. Se avergonzaba de lo que le ocurría. Como si cargara con el estigma de la culpa allá por donde fuera. Que vivía en la rutina permanente del dolor. Aunque lo había sabido sobrellevar. Hasta esa mañana en la que el esposo se sobrepasó. Ella presintió que iría a más, que no se detendría como otras veces ni derramaría falsas lágrimas de arrepentimiento después, que incluso podría matarla. De ahí que no hubiera hallado más salida que huir. Providencialmente Lily acababa de abrir la puerta de su

casa. Y ella había entrado. Le pidió perdón por la invasión. No quería ni imaginar qué habría sido de ella si su marido le hubiera llegado a dar alcance.

Las lágrimas volvieron a hacer acto de presencia. No obstante, se sintió reconfortada tras haber podido contar a una extraña un resumen de urgencia de su vida. Había sido una terapia ciertamente reparadora.

Para cuando terminó su historia ya no quedaba rastro de las infusiones en las tazas. Sólo permanecía en el ambiente el aroma inconfundible del anís, sus efluvios embriagadores.

— Tengo miedo. Pero no quiero molestarte más. Me voy a marchar ya. Espero que se le haya pasado lo que sea que se le pase por la cabeza a mi marido. Muchas gracias por todo.

Y se puso en pie. Lily la imitó.

— No salgas. Quédate aquí el tiempo que quieras. La casa es grande y yo estoy sola. No me molestarás. Aclárate las ideas y decide luego. Si quieres podemos llamar a la policía ahora mismo.

— Gracias, gracias y mil veces gracias. No sabes cómo te lo agradezco –dijo Sole besándola en la mejilla-. No sabía cómo pedirte lo.

Lily la acompañó a la planta de arriba y le enseñó la que sería su habitación mientras permaneciera en su casa. Rocky se quedó abajo, junto al primer escalón, sentado sobre sus patas traseras, mostrando una lengua rosada y húmeda, esperando quizá que alguien lo cogiera en brazos y lo subiera también a él. Su cojera le dificultaba la subida.

— Éste es tu cuarto –dijo abriendo la puerta.

Era una habitación sencilla con una camita pequeña, una mesita de luz y un armario de dos hojas. La ventana,

como todas las de planta superior, daba a la calle. Lily, ante la reticencia de Sole a entrar, cayó en la cuenta de que la cortina no estaba echada y se apresuró a correrla.

— Si quieres puedo bajar también la persiana.

— No, gracias, no es necesario. Así está bien.

— Como quieras. Cualquier cosa que te haga falta sólo tienes que pedírmela. En el armario hay ropa mía de cuando era un poco más joven. Puedes usarla si te queda bien.

Las paredes se mostraban desnudas a excepción de un espejo redondo metálico que imitaba al bronce con ramificaciones puntiagudas similares a rayos de sol y un cuadro del Corazón de Jesús. No era religiosa Lily, pero sí devota. Le gustaba rezar a su Dios particular. Uno que la escuchaba. Dudaba que fuera el mismo a quien sus semejantes oraban con grandes golpes de pecho, por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa, en la iglesia. Le pedía cosas. Que cuidara de su madre en el cielo. Que tuviera a su padre donde se merecía y no lo dejara acercarse a ella. Que el mundo y la gente que lo habitaba fueran cada día un poco más generosos y buenos. Que acabaran el hambre y la miseria. Que los negritos no se ahogaran en el mar sin que nadie los socorriera. Que los malnacidos que maltrataban a los animales sufrieran en sus carnes un dolor paralelo. Cosas así. Nada para ella. Salvo que la dejaran tranquila para vivir en paz consigo misma y con los demás lo que le quedara de vida.

Después le enseñó de pasada su dormitorio, el baño y la puerta del cuarto de su madre, que no abrió alegando que estaba prácticamente igual que cuando murió y que ella misma apenas entraba. Era un santuario. Un lugar al que no debería pasar sin permiso.

— Descansa un poco. Te sentará bien. Yo voy a ir preparando mientras el almuerzo.

Sole se tumbó en la cama. Vestida. Miraba al techo y sólo veía encadenadas miles de versiones distintas del rostro del marido. Ninguna amable. Ninguna amorosa. Ninguna compasiva. Contra todo pronóstico, se quedó dormida. Y los peores habitantes del sueño que tantas veces la visitaban en sus pesadillas no se atrevieron a salir de sus escondrijos. Logró descansar como llevaba tiempo sin hacerlo.

El despertar trajo consigo instantes de desorientación. Aquella no era su casa. Ni su cama. El estómago le rugió como una fiera hambrienta. Enseguida recordó todo. La persecución. La huida. El refugio. A Lily. El perrito al que le faltaba una pata. Bajó a la cocina. Lily se hallaba en el salón terminando de ver el telediario, medio adormilada.

— ¿Has descansado?

— Sí. Mucho. ¿Qué hora es?

— Casi las cuatro. Una buena siesta.

— Lo siento.

— No pasa nada, mujer. Lo necesitabas. Un buen sueño es tan reparador como un buen almuerzo. Por cierto, yo ya he comido. Tenía un poco de hambre. He estado esperándote bastante rato por si despertabas con hora. Pero como no bajabas... Te calentaré la sopa de fideos que he hecho. Un caldito hace muy buen cuerpo. Ya verás.

— No te molestes. Tomo una pieza de fruta o cualquier cosa. Con poco me apaño.

— Nada de eso. Siéntate que enseguida te la traigo. Y cambia de canal si quieres, que yo estoy harta de tantas desgracias y miserias.

Pero Sole no tocó nada. Se limitó a tomar asiento y mirar la pantalla sin prestar demasiada atención a las imágenes ni a lo que en ella se decía.

Pasaron la tarde en el sofá. Viendo una película de sobremesa sobre una madre a la que le roban el hijo poco después de nacer y que pasa un montón de años buscándolo hasta dar con él. Todo quedó al final con unos interrogantes sin respuestas. ¿Conseguirían madre e hijo estrechar unos lazos que nunca habían existido? ¿Cómo influirían en sus vidas la pérdida, la búsqueda, las ausencias, el reencuentro? ¿Sería posible el amor de hijo para alguien cuya madre no dejaba de ser una extraña? Merendaron. Mantuvieron una charla anodina sobre todo y sobre nada en el patio de la casa. Se ducharon. Luego cenaron y se entretuvieron unas buenas horas con un programa de cotilleos del corazón.

— Esto es una porquería pero engancha, ¿verdad? —dijo Lily.

— Sí. Todos queremos saber cosas de la vida de los demás. Así nos olvidamos por un momento de la nuestra. Es una vía de escape.

Una cantante de medio pelo le había sido infiel a su novio: ganador de un concurso de telerrealidad con aspiraciones de modelo o animador de discotecas de pueblo, y se sometía primero a una especie de máquina de la verdad y más tarde a los dardos envenenados del presentador y los reporteros e invitados al programa.

— Me voy a la cama. Buenas noches. Si te apetece puedes quedarte el rato que quieras.

— No, yo también me voy a acostar. Es tarde.

— Mañana es domingo. Te recuerdo.

— Para mí todos los días son lunes a las siete de la mañana —dijo con tristeza Sole.

No quiso añadir nada más Lily.

— Vamos, Rocky. Hora de dormir.

Cogió al perrito en su regazo. Subieron a la planta de arriba y se dijeron nuevamente buenas noches en el pasillo. Cada una entró a su habitación. Rocky se acomodó en su camita y se hizo un roscó.

Domingo

En los sueños de Lily siempre aparecía un muchacho con la ceja partida, dos labios de los que manaba sangre como de una fuente que no saciaba su sed. En las pesadillas de Sole salían pájaros atados con cadenas a ramas de árboles, lobos que vigilaban que no abriera los ojos, piscinas de arenas movedizas, como las de las viejas películas de Tarzán, y una montaña rusa que descarrilaba.

Por eso se despertó sudando, envuelta en la sábana igual que si fuera una crisálida. Buscó en el armario algo de ropa limpia. Tenía permiso de la dueña de la casa. Una parte estaba llena de vestidos y faldas y blusas y pantalones anchos de mujer. La otra, de camisas, chaquetas, jerséis y pantalones de hombre. Dudó sobre qué ponerse. Cualquier cosa le valía con tal de que fuera más o menos de su talla, pues no pensaba salir a la calle. Algo cómodo. Permanecería con Lily todo el tiempo que ella estuviera dispuesta a acogerla. Nada se le había perdido en el mundo exterior.

Tras vestirse, salió de la habitación tratando de hacer el menor ruido posible por si su anfitriona continuaba durmiendo. No sabía Sole que andaba ya con sus asuntos desde hacía casi media hora. No la había oído levantarse. Una franja de luz oblicua que salía del cuarto de la madre cortaba en dos el pasillo. Una rendija en la puerta por la que Sole se asomó con discreción. La vio de rodillas frente

a lo que parecía un altar doméstico. Había velas encendidas. Y flores en jarrones. Y un cuadro de la Virgen. Y un retrato de mujer.

Tenía su protectora los dedos de las manos entrelazados y apoyados en la frente. Los ojos, cerrados. Rocky se encontraba a su lado, observándola con atención canina, sentido como una esfinge egipcia a la que la erosión del tiempo, o mejor dicho la maldad del hombre, había desposeído de una pata. La miró. Sole se sintió por un momento una fisgona sin derecho a invadir con su mirada la intimidad de quien la había salvado de un destino incierto entre las garras de su marido. Pero no podía dejar de mirar, preguntándose si la escena la conmovía o le provocaba pena. Ella no creía en dioses ni en vírgenes. Se sentía abandonada por ellos y no estaba dispuesta a rezarles porque ya habían demostrado ser sordos a sus súplicas. También Lily era una persona herida. Como ella. O más incluso. Qué sabía de su vida. Nada. Salvo que una vez fue otra persona. Eso seguro. Ignoraba, sin embargo, el camino recorrido. Suponía que no de rosas. Empujó suavemente la puerta para ampliar su campo de visión y sólo alcanzó a ver parte del mobiliario del cuarto y un montón de fotografías y recortes de periódicos enmarcados ocupando casi por completo una de las paredes.

Un sexto sentido le susurró a Lily que no se hallaba sola. Detuvo sus oraciones, abrió los ojos y volvió el rostro en dirección a la puerta. Justo en ese instante Sole se retiró con un perdón prendido a los labios. La dueña de la casa puso punto y final a su rezo de los domingos. Bajó. Sole la esperaba queriendo poner el desayuno.

— Lo siento mucho. No era mi intención espiarte.

— No pasa nada. Es algo que hago cada domingo. Por mi madre, que era muy devota.

A media tarde sonó el teléfono. Lily dijo sí, ¿dígame?, claro, estoy libre, ya sabes que me viene muy bien el dinero. Te lo agradezco. ¿Mañana a las ocho? Por supuesto, no te preocupes, allí estaré, puntual como un reloj suizo. Muchas gracias, Consuelo.

— Era una vecina de aquí al lado. Quiere que le pinte el patio de su casa y le dé un repasito a los bajos. Tendré trabajo para unos días. Necesito ganar algo de dinero. La paga no da para mucho y los pocos ahorros se agotan enseguida si no entran algunos billetes extras de cuando en cuando. Pero tú como en tu casa. Yo vendré a comer a mediodía y por la tarde cuando acabe la jornada. No estarás sola. Rocky te hará compañía.

El perrito, que reconoció su nombre como parte de la conversación, emitió dos o tres ladridos de difícil interpretación.

— ¿Ves? Ahí lo tienes. Rocky también contento de no tener que quedarse solo todo el día.

Lunes

El despertador sonó a las siete de la mañana en la habitación de Lily. Sole también lo oyó y se despertó. Prefería quedarse en la cama todo el rato que pudiera antes que andar de arriba para abajo en la casa sin saber qué hacer. Escuchó cómo Lily entraba al cuarto de baño y vaciaba su vejiga con un chorro potente de orina estrellándose contra la loza y el agua estancada al fondo del váter. Comenzó a imaginarse cosas. Imaginó para Lily, en la oscuridad de su dormitorio, una infancia regida por un padre adusto y severo y una madre cariñosa y sobreprotectora, una

adolescencia oscura plagada de fingimientos, una juventud liberada sólo de noche en tugurios lejos del barrio, una madurez de reconciliación con sus fantasmas y una vejez a cuyo filo se asomaba la paz de los misántropos por elección voluntaria.

Sin darse cuenta volvió a dormirse. No escuchó a Lily salir por la puerta. Ni el ladrido breve de Rocky al despedirla.

Era casi mediodía cuando despertó de nuevo. Miró la hora y se alarmó. ¡Qué tarde! ¿Cuánto había dormido? Tomó un vestido ligero del armario, se lavó y peinó en el baño y bajó a la planta de abajo donde la esperaba Rocky con sus tres patitas y su lengua fuera. Le acarició el lomo y le dijo unas palabras cariñosas. Luego miró en la nevera a ver qué había para preparar el almuerzo. Calculó la hora a la que la dueña de la casa podría aparecer y preparó un revuelto de patatas con jamón.

Cuando Lily llegó de trabajar, el rostro, las manos y el mono llenos de pintura, se encontró con la mesa puesta y Sole esperándola para que tomara asiento.

— Voy a lavarme las manos por lo menos.

Sole no se movió ni un centímetro de donde estaba. Empujó la silla cuando Lily tomó asiento, tal que si fuera la camarera de un restaurante de lujo.

— Muchas gracias. Qué gentileza. Ten cuidado que me puedo acostumbrar.

Miró la bandeja con el revuelto y dijo:

— Qué buena pinta tiene, ¿no?

— Ojalá esté bueno. No soy muy mañosa en la cocina.

Hablaron sobre cómo le había ido a una en el trabajo y de la escasa ocupación de la otra. Más tarde Lily se marchó a continuar con la faena vespertina y Sole se pasó la tarde en una extraña duermevela frente al televisor.

La cena transcurrió por idénticos derroteros. Comieron, hablaron y vieron mientras tanto la televisión.

Martes

A la misma hora del día anterior, Lily marchó para casa de Consuelo dejando a Sole en la cama. La dueña de la casa se encargaba de retirar cuadros y macetas mientras ella se afanaba en sus tareas de pintura subida a la escalera. Poco antes, entre las dos, habían cubierto con viejas sábanas blancas los muebles más cercanos a las paredes.

— Oye, Consuelo, me parece que ha venido gente nueva a vivir al barrio, ¿no?

La pregunta la había hecho Lily con la mayor de las intenciones. Sabía que estaba en el mejor sitio posible. Porque Consuelo era una enciclopedia viviente, la suma de todos los saberes sobre los habitantes del barrio y alrededores, conocimientos adquiridos en la cola de la pescadería; en el puesto de frutas mientras observaba el color de las manzanas, sopesaba las peras y olía las naranjas; en la carnicería; en la mercería; en el centro de salud donde iba día sí día no a tomarse la tensión, a solicitar recetas de medicamentos que acumulaba en un estante del mueble de cocina, a quejarse del dolor de huesos, a ilustrar al médico sobre los males propios de su edad. Era unos años mayor que Lily, pero se encontraba en buena forma. A pesar de sus achaques reales e imaginarios.

Consuelo le habló de pasada de alguno que se había ido y de los que habían llegado; nada que le sirviera a ella para establecer lazos con Sole o con su marido.

— Qué suerte tenemos, ¿verdad, Consuelo? Éste es un barrio tranquilo en el que nunca pasa nada fuera de lo normal. Porque hay que ver lo que oye una en la tele todo el

día. Que si desahucios. Que si jaleo, broncas y peleas. Que si pisos turísticos con gente que deja todo hecho una mierda. Que si mujeres que mueren a manos de sus maridos. Que si sitios donde se trapichea con droga...

— Bueno, bueno, de todo no tenemos, pero tampoco nos faltan nuestras cosas. Hace un tiempo se instaló en la plaza de los Mártires un matrimonio no muy bien avenido, según me han contado.

— Eso no es grave, mujer. Dime tú a mí cuántos matrimonios bien avenidos hay en el mundo. Cuántos en el barrio. Eso es casi lo normal. ¿No estás tú también un poco harta de tu José algunos días? ¿Y cuántos años lleváis casados? ¿Cincuenta?

— Hombre, no me compares que no es lo mismo. No me refiero a ese tipo de problemillas que hay en todas las parejas. Al parecer el marido le pegaba a la mujer. Y digo le pegaba porque según dicen ella ha desaparecido.

— ¿Sí? Pues yo no he oído nada.

— Mi José dice que lo han comentado en el bar. El marido asegura que se ha marchado una temporada a casa de su hermana, pero mi José dice que no se lo traga, que no es trigo limpio, que hay algo más. Vete tú a saber...

— ¿Tú crees que la ha matado? —preguntó haciéndose la alarmada mojando la brocha en el cubo de pintura.

— Uy, uy, quita, quita. No digas eso ni en broma. Pobrecilla. Según cuentan se pelearon en su propia casa y luego la mujer cogió la puerta y se largó. Dicen también que el marido la persiguió. ¿Y sabes lo mejor?

Lily negó con la cabeza.

— Tú sabes que yo no soy nada chismosa, pero algunas fuentes afirman que le perdió el rastro por tu calle. Se supone que entró al aparcamiento de Bodegas Flores y se

escondió allí o se subió a algún coche y se ha marchado de la ciudad. Todo suposiciones. Porque la verdad del cuento nadie la sabe.

— Pues sí que está animado entonces el barrio. Y yo sin enterarme de nada. Desde luego... Es que tengo que salir más y relacionarme.

— Dale bien a aquel rinconcito, que le salen muchas manchas de humedad siempre –dijo Consuelo señalando en dirección a una de las esquinas del techo.

— Claro. Ahora mismo.

Las dos mujeres cayeron en un pesado silencio sólo alterado por el deslizarse de la brocha sobre la superficie de la pared y el arrastrar cosas de un sitio para otro.

Cuando regresó a su casa Lily puso a Sole al corriente de su conversación con Consuelo y le aseguró que no debía temer nada, que aquel era su refugio, su fortaleza, y también su casa. Agradecida, se le abrazó y la cubrió de besos.

— Vale, vale, ya está bien, que no es para tanto

Olió su propio perfume en el cuello de Sole y le resultó un aroma muy agradable que jamás había olido en una piel ajena. La apartó con suavidad de su cuerpo. Rehusaba el contacto humano. ¿Cuánto tiempo hacía que no había ofrecido su cuerpo a nadie y nadie le había entregado el suyo? Tanto que ya casi no recordaba lo que eran unas caricias, unos besos, el sudor compartido, el fuego que sabe incendiar la carne sin llegar a quemar, la penetración. Quizá era porque en el fondo de su corazón se sentía vieja. Sin embargo, le había gustado tenerla cerca.

La cena preparada por Sole le supo a gloria.

— Hoy estoy reventada. Me caigo de sueño. Creo que me voy a ir a la cama –dijo Lily.

— ¿Hasta cuándo tienes trabajo?

— No sé. Igual termino mañana. Como mucho un par de días. A no ser que a Consuelo se le ocurra algo más luego. A veces pasa y se alarga la faena unos cuantos días más. ¿Por qué lo preguntas?

— Por nada.

— ¿Es que te sientes sola?

— No, no es eso. Por saber simplemente. Aquí estoy muy bien.

— Pero necesito el dinero. Necesitamos –añadió.

— Claro. Es tu casa. Tu tiempo. Faltaría más. Hasta ahí podríamos llegar. Que tuviera yo que decirte cómo organizarte.

— Estás muy rara, Sole. ¿Te pasa algo?

— No, de verdad, Lily. Vete a descansar. Yo termino de recoger todo.

Si en realidad le pasaba algo o no era una cuestión que ni ella misma sabría explicar llegado el caso.

Miércoles

El miércoles se lo pasó Sole jugando todo el día con Rocky. Lo cogía en brazos. Le acariciaba el lomo. Le lanzaba una pelotita de goma para que se la trajera. Lo sentaba en su regazo mientras miraba en televisión concursos, tertulias políticas o alguna serie.

— ¿Alguna novedad? –le preguntó Lily cuando volvió.

— Ninguna. Todo está exactamente igual que esta mañana. ¿Y tú? ¿Algo nuevo por la calle?

— Todo tranquilo. No se oye nada.

— ¿Has terminado ya el trabajo?

— Pues sí y pues no. Ya le he pintado lo que quería, pero quiere que vaya mañana a pintarle las rejas de una ventana

y a quitar las gotas de pintura. Eso sí, seguro que ya es el último día. Y tú, ¿qué tal? ¿Qué has hecho hoy?

— Básicamente, jugar con Rocky. Qué perrito más simpático.

— ¿Nunca has tenido un perro?

— Jamás.

— No sabes lo que te has perdido. Los animales te dan compañía, te son fieles hasta extremos insospechados y te quieren incondicionalmente. Donde se ponga una animal que se quite un hombre.

— Hoy lo he comprobado. ¿Y qué le pasó Lily?

— ¿A lo de la pata te refieres?

Sole asintió mirando al animal, que se había tumbado encima de los pies de su dueña.

— Es una pequeña larga historia.

Y Lily le contó que se lo encontró una noche de madrugada junto al río. No le dijo nada sobre de dónde venía ella. También tenía un pasado del que no se sentía especialmente orgullosa. Y sabía guardar sus secretos. Las cicatrices de las heridas del alma no suturan con la misma facilidad que las del cuerpo. Aquella noche llevaba el cuerpo dolorido y el alma aterida. Le habían pegado una paliza y tenía una pata cortada. Como con una navaja. Temblaba junto al tronco de un árbol, muerto de frío. Le dio tanta pena que lo cogió en brazos y se lo llevó a su casa para curarlo. Podía jurar que el animal lloraba como una persona y que no opuso ninguna resistencia.

— Es más. Se tumbó sin defenderse, como si sólo esperara que yo lo rematase. ¿Qué clase de personas son capaces de hacer algo así? Mala gente. El mundo está lleno de hijos de puta –se quejó muy enfadada, tal que si acabara de rescatarlo de nuevo de las garras de una muerte

casi segura-. Mi idea era llevarlo cuando estuviera bien a alguna protectora de animales. Pero al final le cogí tanto cariño que ya no supe desprenderme de él. Desde entonces vivimos juntos haciéndonos compañía. Y de eso hace ya dos años.

— ¿Por qué le pusiste de nombre Rocky?

— Porque era un luchador.

— ¿Como tú?

— Como todas nosotras.

Y ninguna añadió nada más. Las dos sabían que ahí había una conversación pendiente. Sole no insistió. Tal vez el tiempo o las circunstancias dirían cuándo habrían de mantenerla.

Jueves

Con la excusa de echar una mano en las labores del hogar, Sole se puso a limpiar la mañana del jueves mientras Lily, en casa de Consuelo, quitaba las gotas de pintura de rodillas en el suelo o pintaba las rejas de una ventana quizá subida a una escalera. No le quedó más remedio que entrar en la habitación clausurada de la madre. Por quitarle un poco el polvo y barrer y fregar, se justificó. En realidad deseaba ver de cerca las fotografías y los recortes de prensa enmarcados en la pared. No había dejado de pensar en ellos.

Plumero en mano se adentró en el territorio desconocido. Fue directamente a la pared y contempló una a una las fotos, y leyó una a una las noticias sobre las victorias de un púgil llamado Javier Martín Pujalte. En una se le veía con la ceja partida y un par de puntos de aproximación para controlar la hemorragia; en otra alzaba un trofeo; un titular decía que el joven Martín Pujalte alias “El León de Sanmatías” había dejado de ser una promesa del boxeo

para convertirse en una leyenda; un reportaje lo presentaba como un hombre hambriento de éxitos y de alcanzar pronto la gloria; y en un artículo, un periodista aseguraba que peleaba con demasiada rabia, tal que si lo hiciera contra fantasmas y no contra adversarios de carne y hueso.

Ése era el secreto de Lily. No que tras su aspecto de mujer se ocultara un hombre, algo a todas luces evidente. A ella al menos no le cupo ninguna duda desde el primer momento de que estaba ante una mujer atrapada en el cuerpo de un varón. No obstante, la pregunta que pululaba por su mente era cómo se convierte alguien que ha sido boxeador profesional en un travestido, qué clase de proceso de reconversión lleva a quien ha representado la fuerza bruta masculina a transformarse en una señora aparentemente tan pacífica y educada como ella. Con el sufrimiento añadido del desprecio, el estigma social y todo lo que hubo de conllevar en su vida semejante metamorfosis.

En muchas de las fotos se lo veía junto a un hombre que supuso sería su padre. Estaba éste satisfecho, orgulloso de los logros del hijo. No había amor en sus ojos, sino algo parecido a láminas de acero que reflejaran la mirada férrea de quien ha logrado sus objetivos sin importarle a costa de qué. Curiosamente, de la madre no había rastro en los recortes de prensa; sí en las fotos, con el hijo antes o después de los combates, y con la hija en que más tarde se convertiría.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Creyó oír los gritos del auditorio chillando a favor o en contra de púgiles que contendían sobre el cuadrilátero. Creyó respirar el sudor agrio de cientos de personas empeñadas en ver a dos hombres golpeándose hasta la extenuación o el desmayo. Creyó que el espíritu de Javier Martín Pujalte le recriminaba su

intromisión desde algún lugar del ring inexistente. Creyó que la voz de la madre le pedía ayuda desde infiernos muy parecidos al suyo.

Salió corriendo de la habitación y se topó en la puerta con Rocky. Como no esperaba encontrarlo allí, dio un grito que retumbó en el silencio de la casa. Se tapó la boca con la mano, recriminándose a sí misma su tonta reacción ante la posibilidad de que alguien hubiera podido oírlo desde el exterior. El animal, con sumo esfuerzo, había subido las escaleras ante la tardanza de su nueva amiga. También él se asustó. Tumbado en el suelo aguardaba una caricia y la posibilidad de lamer con su lengua fría la mano de Sole.

— No te asustes, no pasa nada —le susurró mientras le hacía cosquillas con la yema de sus dedos.

Por la tarde, una vez que Lily hubo dormido una buena siesta, Sole se atrevió a preguntarle por las fotos del salón. Nada dijo de las del dormitorio de la madre. No se atrevía a entrar de lleno en el asunto del boxeo y de su vida anterior como hombre.

Pero Lily no era tonta. Enseguida supo lo que Sole quería saber. Intuyó que tal vez en su ausencia hubiera cruzado el umbral del dormitorio de su madre. Lo extraño era que no lo hubiera hecho antes. Dudó entre enfadarse por lo que cualquiera podría considerar una traición o sincerarse con aquella nueva amiga que el destino había puesto en su camino. De entrada optó por lo segundo.

— Mi nombre verdadero es Javier Martín Pujalte. Y soy de cuerpo un hombre. Aunque imagino que eso no es ningún descubrimiento para ti, ¿no?

Sole se sintió sucia, como si hubiera sido pillada in fraganti cometiendo el más infame de los delitos.

— Sí..., bueno..., no –balbuceó incapaz de articular un mínimo discurso que diera respuesta a la simple cuestión que le planteaba Lily.

— Da igual.

Le habló Lily de su padre. Sin rencor. Aunque las primeras palabras que salieron de su boca fueron: “Era un hijo de puta”. Enseguida rectificó. No era malo. De qué serviría hablar mal ya. Mejor dejar a los muertos en paz. Los tiempos eran otros. Un hombre debía ser, ante todo, un hombre. A ser hombre también se aprendía. Por las buenas o por las malas. A base de palos si era necesario. Endurecer el cuerpo, el espíritu, y con ellos el carácter. Pegar antes de que te peguen. Como si el espanto de la fragilidad y la sensibilidad se pudiera curar con garrote y tentetieso. El padre supo. Igual que la madre. Ella aceptó el regalo de Dios. Él trató de enderezar lo que consideraba un reglón torcido de su escritura. En su ausencia la madre lo cubría de besos, le decía mi niño, le abría de par en par las puertas de su armario. Era su secreto. Pero el padre era listo. Sospechaba que había bálsamo después de sus castigos, que sus métodos no surtían el efecto deseado. También la madre pillaba repaso de cuando en cuando. Por protegerlo. Por intentar enfrentarse al padre. También ella tenía que aprender. El mundo era un lugar inhóspito en el que sólo los fuertes tenían cabida. ¿El amor? ¡Ja, el amor! Una enfermedad que se curaría con el tiempo. Buscó el sitio que consideró más adecuado y lo apuntó a un gimnasio en el que se entrenaba a los chavales para ser boxeadores. El primer día pagó el doble para que le dieran la primera lección. Le pusieron unos guantes, lo subieron al ring y un chico un poco mayor que él se encargó de zurrarle de lo lindo. Sin miramientos. Sin piedad. El cuerpo y la cara se convirtieron en mapas de

hematomas. No se atrevió siquiera a llorar. Hubo de tragarse todas las lágrimas y el dolor porque eso era lo que le esperaba de ahí en adelante si no espabilaba. Golpear o ser golpeado. Sufrir o provocar sufrimiento en el otro. Aprender. Y vaya si aprendió. Hasta convertirse en el mejor de los boxeadores del gimnasio. Ya nadie se atrevía a llamarle marica como al principio. Aquello fue un estímulo. Dio rienda suelta a su rabia. Al final encontró satisfacción en los ganchos, consuelo en los directos, fuerza para seguir viviendo en los *crochets*. Cada golpe que daba a un rival era como si se lo diera al padre, al que después de cada combate se abrazaba para celebrar las victorias. De alguna manera extraña y enfermiza deseaba que se sintiera orgulloso de él, de lo que había logrado. Se convirtió en el hombre que el padre quería que fuera. Pero aquel hombre ya no era el niño doblegado a su tiranía ni a sus caprichos. Le plantó cara cuando lo consideró necesario. Sobre todo para defender a la madre. Su creación se rebelaba contra él. El hijo desagradecido incapaz de reconocer que gracias al padre nadie se reiría de esa tendencia suya a querer ser una mujer. Y fue entonces cuando enfermó. Su carácter, agrio de por sí, se avinagró más aún. La madre se vio obligada a cuidarlo. Como si fuera un niño. Un niño también desagradecido por las atenciones recibidas. Casi sin darse cuenta tomó forma su particular venganza. Comenzó a dejarse perder. Ya no peleaba con la rabia y el brío de antaño. Quería sufrir, algún tipo de redención. Y quería, por encima de todo, que su padre contemplara en directo su fracaso. Eso aceleró sin duda la enfermedad, que se lo fue comiendo por dentro, a dentelladas, hasta dejarlo en los puros huesos, sólo piel en quien una vez se creyó un toro inmortal. Su muerte coincidió con su retirada definitiva

del boxeo. Lo que vino a continuación fueron los años más felices de su vida. Al lado de su madre. Solos los dos. Reconponiendo el puzle, devolviendo las piezas a su lugar.

— Asumiendo que era lo que siempre había sido: una mujer y no un hombre. Y así poco a poco, y librando otros combates con la vida, me fui convirtiendo en Lily. No fue fácil, pero..., ya ves, no me ha ido mal del todo; he sobrevivido, que no es poco.

El vidrio de sus ojos demandaba unas dosis de afecto. Sole, más conmovida por el relato que su misma autora, con los ojos arrasados por las lágrimas, como si quisiera compartir el dolor de su pasado, se abrazó a ella, pegó su cara a la suya y estuvo así largo rato. En silencio. En un acto de solidaridad sentimental.

Viernes

Aquella noche ambas mujeres intercambiaron sus fantasmas. Dieron vueltas y más vueltas en la cama. Buscando acomodo para ellos. Sole vio a Lily entrar a la habitación de la madre antes que a la suya. Y no era domingo por la mañana. Demasiadas revelaciones. Las horas pasaban sin poder conciliar un sueño profundo. Pero qué más daba si a la mañana siguiente no tenían que madrugar.

El sol estaba ya bien arriba cuando cada una salió de su cuarto. Coincidieron en el pasillo. Como por casualidad. La realidad era que cada una esperó cuanto pudo a escuchar la puerta de la otra. Pero las ganas de orinar de Sole la habían impelido a ser la primera en abrir su puerta.

— Buenos días –dijo, andando ligeramente encorvada por la presión de la vejiga en el vientre-. Lo siento, no aguantaba más.

— Sin prisa, entra tú primero que parece tener más urgencia.

Iba Sole en ropa interior. Braguitas y sujetador. Ambas prendas pertenecieron una vez a Lily. Le quedaban un poco pequeñas y clavaban elásticos y tirantes en la voluptuosidad de su carne. Tenía un cuerpo bonito. No como el suyo, demasiado masculino para su gusto. Por eso dormía en camión. Por eso no le gustaba pasearse semidesnuda por su propia casa, aunque nadie la estuviera mirando. Era una mujer coqueta que se sentía más bella vestida que desnuda.

Hizo ademán de volver a su dormitorio a esperar a que Sole terminara. Pero una fuerza como de imán detuvo sus pasos. Miró en dirección al cuarto de baño, cuya puerta sólo estaba un poco entornada y vio a Sole sentada en la taza, con las bragas en los tobillos y el pelo revuelto. Sus miradas se cruzaron un instante. Lily sintió una extraña ráfaga de vergüenza atravesándole el pecho. Trató de decirse que no había nada malo en lo que acababa de hacer. Las dos eran mujeres. Ella incompleta porque todavía le pendían atributos de hombre en la entrepierna. Regresó atropelladamente a su cuarto y se sentó en la cama con el corazón latiéndole a mil. ¿La soledad le había inspirado un deseo que jamás había sentido?

Durante el desayuno callaron lo ocurrido. Tampoco dijeron nada a la hora del almuerzo. Rocky fue testigo de sus escasas palabras y sus muchos silencios. De súbito habían vuelto a ser dos desconocidas obligadas a compartir un espacio doméstico que bien podría ser presidio o parnaso.

Por la tarde Lily le dijo a Sole que iba a dar una vuelta por los alrededores. Quería ver si se topaba con su marido o se enteraba de algo, porque no era cuestión de vivir

eternamente asustadas sin poder poner un pie en la puerta de la calle.

— Por mí no lo hagas. De verdad. Me da igual. Si soy una carga para ti, me voy.

— De ninguna manera. No sólo no me molestas sino que tu compañía me hace muy feliz. Pero le he dado muchas vueltas a lo que te conté ayer. He reflexionado y he llegado a la conclusión de que ningún hombre: ni padre, ni marido, ni hijo siquiera, tiene derecho a decirle a una mujer lo que debe hacer o no, cómo debe comportarse o conducirse por la vida, quién ser. Vivir asustadas y con miedo no es una opción. Nosotras ya sabemos lo que es eso. Hay que mirar adelante.

El discurso le salió a Lily del tirón. Y le había quedado bien bonito. La realidad, sin embargo, difería bastante del deseo. Sabía ella que sería incapaz de enfrentarse a nadie, sepultados como estaban desde hacía tantos años el odio y la rabia.

Caminó pensativa largo rato por la ribera del río. Le importaba bien poco cruzarse o no con el marido de Sole. ¿Para qué? ¿Acaso le diría algo? Oye, tú, maltratador, sinvergüenza, deja en paz a mi amiga, que ni eres hombre ni eres nada. Con eso lo único que conseguiría sería delatarla. Entonces sí que vendrían los problemas de verdad. Mejor dejar correr el tiempo un poco más. Cualquier cosa que hiciera sólo provocaría adelantar los acontecimientos y que ella se marchara de casa, condenándola a las rutinas de siempre, a las de la soledad. En cierta manera se había acostumbrado a su presencia en la casa. Desde la muerte de la madre, era lo más cerca que había estado de convivir con alguien. La cabeza le hervía, notaba como si fuera un

caldero al fuego a punto de entrar en ebullición. Regresó a la casa.

— ¿Alguna novedad? –le preguntó Sole con los dedos de las manos entrelazados.

— Ninguna. No lo he visto. Que te siga esperando sentado.

Lily se pasó la mano por el sudor de su frente.

— No veas el calor que hace. Me voy a dar una ducha. Necesito agua fresca. Me parece que estoy a punto de arder. Y no exagero.

Subió a la planta de arriba desabrochándose los botones delanteros del vestido. Rocky la miró perderse escaleras arriba, desvió una mirada interrogativa hasta Sole y luego volvió a mirar en dirección al lugar por donde su dueña se acababa de perder.

— No pasa nada, Rocky. Todo está bien. Ahora tú sé un perrito bueno y espera aquí hasta que bajemos. Voy a ver si Lily necesita algo, ¿vale?

El perro entendió bien el mensaje porque se tumbó en aquella postura que a ella le recordaba a las esculturas egipcias de las pirámides y suspiró, como diciendo bueno, qué se le va a hacer, éste es mi sino; si no fuera porque me falta una pata...

Sole, sigilosa, subió escalón a escalón, oyendo el trajín de Lily en el cuarto de baño. Cuando escuchó el agua de la ducha correr y el sonido de la cortina, supo que ya estaba dentro de la bañera, desprotegida. Comenzó a desnudarse por el pasillo. La camisa. La falda. El sujetador. Las bragas. Los zapatos. Tirado todo por el suelo. Abrió la puerta tratando de hacer el menor ruido posible.

— ¿Sole?

— Sí.

No tuvo que añadir nada más. Corrió la cortina del baño lo justo para entrar en la bañera e impedir que el chorro de agua saliera fuera. Le puso un dedo en los labios a Lily pidiéndole silencio. Cualquier palabra en aquella situación sólo propiciaría la ruptura del íntimo momento. La besó. Se besaron. Sus manos fueron anguilas. Sus bocas, bocas de bebés ansiosos mamando de los pezones del placer. El agua derramada desde las cabezas a los pies dejaba una estela de esferas que les rodaban por la piel sin fin. Lily tuvo una erección histórica. Como no recordaba desde hacía tiempo. Y era la primera vez que estaba con una mujer. Porque su relación con Marieta cuando tenía ¿cuántos?, ¿veinte años?, ésa no contaba. Se echó aquella novia por disimular, para que su padre se quedara tranquilo y lo dejara en paz. Pero no pasó más allá de unos tocamientos de urgencia por encima de la ropa para apaciguar la necesidad de la muchacha que no la suya y unos besos que siempre recordó como si hubiera unido sus labios a la boca muerta de un pez. Lógicamente ella se cansó de que no la tocara lo debido y, alegando que no la quería o no era capaz de quererla como había que querer y desear a una mujer, lo dejó una noche en el mismo parque en que de madrugada hombres anónimos y tristes buscaban amor de hombre tras los setos, detrás de los árboles.

— Espera —alcanzó a decir Lily—. Salgamos de la ducha.

— ¿Por qué? —se quejó Sole—. ¿Acaso no te gusta?

— No, no es eso. Me encanta. Pero hazme caso.

Dejaron que el agua se llevara la espuma y que las toallas secaran el agua. Lily tomó a Sole de la mano y la arrastró en silencio hasta el dormitorio de la madre. Tanto se sorprendió de su reacción que, parada en seco en mitad del pasillo, le preguntó:

— ¿Estás segura de que quieres que sea aquí? ¿Te parece el sitio más indicado?

Lily asintió con la cabeza completamente convencida.

Hicieron el amor en el tálamo prohibido, sobre un colchón en el que nadie se había vuelto a tumbar desde la muerte de la madre. Parecía como si Lily quisiera hacerla partícipe de ese momento de felicidad en el que un hombre que es una mujer ama a una mujer que es una mujer, o en que una mujer con los atributos de un hombre entra y sale de ese enigma que es el cuerpo de una mujer. Y si por casualidad el fantasma de su padre aún pululaba por allí sin poder intervenir por fortuna en el mundo de los vivos, para que viviera en paz en ese otro mundo al que han de ir los muertos cuando ya no caben en el nuestro.

Aquella noche durmieron juntas, abrazadas y en paz, sin malos sueños. Y con Rocky hecho un ovillo a los pies de la cama.

Sábado

Había pasado una semana desde que Sole se colara en su casa huyendo del bestia de su marido. Lily estaba encantada con tenerla de compañera. Su presencia la había hecho sentir como nueva. La soledad debía quedar aparcada de momento. Lo ocurrido el día anterior abría nuevas vías a su manera de estar en el mundo. Y como cada sábado, tocaba cumplir con su rito de arreglarse para ir al mercado. El estómago famélico del frigorífico exigía su cuota de alimentos. Más ahora que las viandas eran compartidas entre dos bocas.

Lily se maquilló con esa intensidad que enmascaraba el rostro del hombre que nunca quiso ser. Los labios: un clavel. El negro del rímel; una frontera para el océano azul

con que había pintado sus ojos. Los pómulos: una catarata de rosas sobre la base ocre de cremas y afeites.

— ¿Cómo estoy? –preguntó a Sole.

— Estupenda como siempre. Tú eres luz y brillas por donde pasas, Lily.

La besó en la frente por no borrar el carmín de sus labios, como una madre besaría a una hija.

— Gracias. Me ves con buenos ojos.

Tomó su carrito de la compra y le pidió, por seguridad, que cerrara y no abriera la puerta a nadie. Rocky, que andaba tumbado en el suelo y con la cabeza apoyada en la pared en una extraña postura, la miró un segundo con ojos líquidos de animal satisfecho y enseguida se puso en pie para acompañarla hasta la calle. Lo hacía siempre que su dueña iba a salir. Por si lo premiaba con un paseo. No había nada que le gustara al perro más que salir de casa y corretear por la plaza, el parque o la ribera del río, atesorando en su cerebro de bebé de cuatro meses los cientos de olores diseminados por la ciudad. Aunque fuera con el andar característico de los canes cojos que caminan como a impulsos, lejos de la elegancia natural de los animales de raza a quienes no falta ninguna pata.

Sole y Rocky la vieron cerrar la puerta desde la cancela: una diciéndole adiós con la mano; el otro, con la coreografía de su lengua larga y sonrosada.

Entre su casa y el mercado había una urna de cristal con una imagen de la Virgen pintada en azulejos ante la que siempre se santiguaba en un gesto mecánico, un colegio de monjas, una mercería antigua, una tiendecita de barrio con todo tipo de productos en la que también solía comprar, una panadería, un puesto de venta de periódicos y revistas y varios bares.

Fue al pasar por uno de ellos llamado Los Mosquitos que un vecino de nombre Antonio al que conocía de muchos años la piropeó con esa mezcla de cariño e ironía de quienes comparten a un tiempo afecto y respeto.

— Adiós, Lily, guapa. Que estás cada día más buena – dijo echándose al gizonte el resto de sol y sombra que le quedaba en la copa y dando una chupada al cigarrillo que sujetaba entre dos dedos hepáticos de nicotina.

Ella le dedicó una mirada pícara, le guiñó un ojo y siguió su camino sin decir nada. Sobraban las palabras. Eran gestos y escenas repetidos tantas veces que ya casi nunca le contestaba. Al principio, sí. “Tú sí que estás para mojar sopas, cariño”. “Anda y dile esas cosas tan bonitas a Puri, gañán”. “No provoques a una dama como yo”. Banalidades sin ninguna mala intención. Un simple juego verbal en el que cada cual representaba su papel a la perfección.

Lily se alejó despacio contoneando sus caderas y tirando de su carro aún vacío.

— Oye, ¿ese no es el bujarrón de la calleja de ahí al lado?

Antonio miró con desprecio al tipo que acababa de hablarle. Apenas lo conocía de nada. Llevaba pocos meses en el barrio y le había dicho hola, buenas y adiós unas cuantas veces en la taberna, pero nada más. No le gustaron ni su tono ni sus palabras. Dudó entre responderle o mandarlo a la mierda directamente. Optó por la primera opción.

— Lily no es ningún bujarrón. Ni un marica. Ni un maricón. Lily lo que tiene es un corazón que no le cabe en el pecho. Ayudaría a quien lo necesitara con los ojos cerrados. Incluso a gente como tú, que la desprecia –respondió todo lo seco y cortante que pudo.

El otro no se dio por aludido. Iba a lo que iba, a lo que le interesaba. Se le acababa de encender una bombilla en el cerebro.

— Perdona, hombre, no quería molestar. Pero vive en la calleja, ¿verdad? ¿Sola?

— Sí, sola. Su madre murió hará un par de años. ¿A qué vienen tantas preguntas?

— Por nada, hombre. Es que el otro día me la crucé por allí, le pregunté una dirección y para mí que me mandó por el sitio equivocado. Anda, venga, tomemos otra copa, que invito yo.

A Antonio se le pasó el mosqueo rápidamente. No hay nada que hermane más a dos desconocidos que compartir una copa en la barra de un bar.

Continuaron hablando de esto, de aquello y de lo de más allá. Sin embargo, el desconocido no dejaba de pensar en su mujer, en la posibilidad de que el sábado anterior se hubiera refugiado en casa de Lily y en cómo apañárselas para acceder a la casa ahora que ella no estaba. Cuando tuvo una idea más o menos clara de lo que quería hacer, pidió la cuenta, pagó, palmeó la espalda de Antonio y abandonó el bar con el rostro sombrío de quien lleva tiempo acumulando bilis y rabia a partes iguales.

— Espera, hombre, que ahora me toca pagar a mí —dijo Antonio.

— Déjalo. Tengo prisa. Otro día. Hay más días que ollas.

Y salió decidido a poner en práctica su plan. Sin demora. Debía darse prisa antes de que el sarasa que daba cobijo a su Sole regresara y diera al traste con la idea genial que acababa de tener mientras hablaba con el simple de Antonio. Porque Sole era suya, suya y de nadie más, y habría de pagarle la semana que llevaba sin saber de ella,

preocupado porque le hubiera pasado algo o le hubiera ido con el cuento a la policía o se hubiera tirado al río, quién sabe qué cosas se le pasan a una mujer por la cabeza cuando no atiende a razones ni a las demandas de su marido y se opone a él y le pone pegas a todo y... El marido de Sole se iba encendiendo él solito camino de casa de Lily.

En la calleja se apostó en el portón del aparcamiento del restaurante Bodegas Flores. Desde allí contempló la puerta de la casa de Lily. Se aclaró la garganta y dio los pasos necesarios para situarse junto a ella. Llamó al timbre. A Sole le dio un vuelco el corazón. Rocky se puso en pie y empinó las orejas muy atento. El sonido del timbre volvió a repar-tirse por la casa.

— ¡Carteroooo! –gritó impostando la voz.

Pero ni un solo ruido al otro lado. Sole recordó lo que le acababa de decir hacía un rato Lily: que no abriera la puerta por ninguna razón.

Desde la calle le llegó de nuevo la voz de quien se estaba haciendo pasar por cartero sin serlo. Se sintió como la protagonista de uno de esos cuentos maravillosos a la que su madre le ha dado un consejo o le ha impuesto una prohibición y está a punto de saltársela. ¿Y si era el lobo que había salido del bosque? También le podía pedir que asomara la patita por debajo de la puerta. ¡Qué tontería!

— ¡Carteroooo! ¡Abre, Lily, que traigo un paquete certificado con acuse de recibo para ti y me lo tienes que firmar. Vamos, mujer, no querrás tener que pasarte por la oficina con lo que pesa el condenado –se arriesgó el marido de Sole al pronunciar tantas palabras seguidas una detrás de otra. ¿Y si su mujer reconocía la voz?

Pero ella andaba debatiéndose entre echarle una mano a su protectora para ahorrarle un viaje hasta la oficina de

Correos y la advertencia de no abrir la puerta. Finalmente optó por hablar.

— Lo siento mucho, pero Lily no está. Ha salido. Enseguida vuelve. Si pudiera esperar un momento... No creo que tarde demasiado.

El marido de Sole sí reconoció la voz de su mujer y se sintió exultante. Él era un hombre inteligente que sabía atar cabos. No iba a ser ella la primera que se la pegara. Le dio un poco de asco pensar que su mujer pudiera estar enrollada con el travesti o lo que mierda fuera que vivía en aquella casa. Volvió a llamar al timbre.

— ¿Y no podría usted abrirme y firmarme el papel? Así le dejo el paquete a Lily y no tiene que molestarla ella luego.

Sole podía haberse andado lista y haber subido a la planta de arriba para mirar por la ventana de su dormitorio. Así hubiera sabido si quien esperaba en la puerta era de verdad el cartero o no. Pero no se le ocurrió semejante buena idea.

— Bueno, señora, pues entonces me voy –dijo el marido simulando que se alejaba más de lo que en realidad lo hacía, con pasos que retumbaban en la acera.

Entonces Sole se decidió a abrir la cancela primero y la puerta después. Rocky la siguió. Se asomó por una rendija y vio a la bestia. En lugar de quedarse paralizada, reacción que hubiera sido normal por otra parte, huyó al refugio tras la cancela. No le dio tiempo a cerrar la puerta de la calle, por lo que él pudo entrar corriendo y a punto estuvo de darle alcance. Por fortuna tuvo tiempo de echar la llave y retirarse para que las zarpas del esposo no llegaran siquiera a rozarla. Rocky ladraba como un poseso junto a las piernas del hombre. Sole lo vio. ¡Oh, Dios mío, con las prisas

el animal se había quedado fuera! Se desgañitaba a base de ladridos sin lanzar ni un solo mordisco.

— Calla, chucho asqueroso. —Y le propinó una patada que lo estrelló contra la pared.

Rocky metió el rabo entre las piernas, agachó las orejas y miró con ojos aterrados a aquel hombre que acababa de maltratarlo. Quién sabe, quizá en su pequeño cerebro guardaba memoria de otros días y otros golpes y otros abandonos.

El marido de Sole intentó calmarla diciéndole anda, Sole, no seas tonta, ábreme y hablamos, o mejor, vente a casa y allí arreglamos las cosas, como hemos hecho siempre, ya sabes cómo me pongo cuando pierdo los papeles, pero yo te quiero, lo sabes, siempre lo has sabido, perdóname, cariño, te juro que yo no quería, que no va a volver a pasar, que estoy arrepentido de verdad. Sole lloraba y negaba con la cabeza, retirada un par de metros de la cancela.

Cuando el hombre se hartó, sacó de nuevo a la fiera que había encerrado dentro un instante por ver si sólo con palabras podía convencer a su mujer de que le abriera la puerta.

— ¡Que me abras de una puta vez, gilipollas! Ábreme ahora y será mejor para todos. Nadie sufrirá innecesariamente. Ya sabes que puedo ser bueno y sobre todo malo, malísimo cuando me cabreas, que es lo que te gusta a ti: sacarme de quicio. Una última oportunidad: ¿me abres o no?

Sole continuaba negando con la cabeza, muda de espanto, el rostro contraído.

— Ea, pues tú lo has querido.

Cogió a Rocky del pellejo del cogote y se fue a la calle.

La parálisis de Sole era total. Aunque se solidarizaba con el sufrimiento del perrito, era incapaz de abrir la

cancela. No quería ser golpeada. No quería morir. Lo sentía mucho por Lily.

El marido, con el perro en brazos, se volvió a esconder detrás del portón del aparcamiento de Bodegas Flores. A esa hora del día no entraban coches. Y la calle era tan tranquila, que apenas había movimiento. Decidió esperar a que apareciera la dueña de la casa. Ésa sí que no iba a tener más remedio que abrirle la puerta cuando viera lo que le iba a hacer a su perro. Por si acaso, acarició la cacha cerrada de la navaja que llevaba en el bolsillo del pantalón.

Al rato, encaramada en sus tacones, apareció por la esquina Lily arrastrando su carro de la compra con ademanes de dama decimonónica. Las franjas rosas destacaban aún más el predominio del verde. Lástima que sólo tuviera dos ruedas. Con lo bien que le vendría a sus dolores de espalda un carrito de cuatro ruedas. Lástima que ella no hiciera caso ni a sus huesos ni al médico. Le gustaba el suyo y no quería cambiarlo. Y punto. Sobraban todas las explicaciones.

Desde la distancia le pareció ver la puerta de su casa abierta. Se extrañó. Aceleró el paso. Las ruedas del carro hacían un ruido acompasado. Miró a un lado y otro.

— ¿Sole? —preguntó al aire antes de decidirse a empujar la hoja entreabierta.

Fue cuanto pudo decir. Pues antes de que pudiera siquiera entrar el carro, el marido de Sole, navaja abierta en mano, se la colocó en la espalda y le dijo en un susurro que andando y calladita si no quería provocar una sarracina. Como garantía o por simple maldad, que nunca quedan claras las verdaderas motivaciones de los seres despreciables como él, todavía llevaba al perro agarrado bajo el otro brazo. Lily no reparó en el animal en un primer momento.

Pero luego emitió algo parecido a un pequeño chillido que la hizo volverse.

— Deja en paz al perro, por favor.

— Tú abre la puerta primero, maricón.

Lily sacó la llave y franqueó la cancela. Sole no se movió del sitio, entregada a su destino, al sacrificio. Nada podía hacer ya por liberarse de aquel bruto.

El marido, al verse dueño y señor de la situación, tiró al perro dentro del patio para poder disponer de una mano libre con la que agarrar por los pelos a su mujer y arrastrarla, si era necesario, hasta el domicilio conyugal. En la otra mano aferraba todavía con fuerza la navaja. Lily no le perdonó que tratara así a Rocky, y aprovechando el descuido del hombre al tratar de coger a Sole, le propinó un golpe en la mano con todas sus fuerzas. El dolor le hizo abrirla y dejar caer la navaja al suelo. De una patada Lily la alejó de él.

— A ti no pensaba hacerte daño, pedazo de mierda, pero ahora te la vas a ganar.

De haber sabido el marido de Sole la que se le venía encima tal vez hubiera prolongado su discurso, pues del primer puñetazo le voló un diente de la boca. Lily recuperó la antigua rabia, el odio anestesiado, la ira adormecida, y bailó alrededor de él, como antaño lo hiciera en el ring, ahora sin guantes, a pelo, con los puños al descubierto, fétreamente cerrados, como martillos. Una lluvia de golpes de todo tipo se le vino encima sin alcanzar a saber cómo ni de dónde. Sólo veía varias figuras moviéndose delante de él, la sangre en las cejas, en la nariz, en la boca, su sabor amargo. Se tambaleaba mientras Lily lo golpeaba sin piedad, por el sufrimiento ocasionado a Sole, por todas las personas que la habían hecho sufrir a ella, por Rocky, sobre

todo por Rocky, la más inocente de las criaturas, inmaculada, sin culpa alguna.

Y en el último de los ganchos de derecha perdió el equilibrio y se desplomó cuan grande era en el suelo, con tan mala suerte para él y tan buena para Sole, que se golpeó en la sien con el bordillo de entrada al patio. Cayó fulminado como un saco de patatas. Ni un grito. Ni un lamento. Ni un estertor. Estaba muerto. Lily lo comprobó colocándole dos dedos en el cuello primero y en la muñeca después.

Las dos mujeres se abrazaron. Rocky se metió entre sus piernas lamiendo nervioso a una y otra.

— No te preocupes por nada, Sole. Todo se ha acabado. Ya no tendrás que tener miedo nunca más.

— Pero...

Lily le puso la mano en la boca exigiéndole silencio. Fue al salón en busca del teléfono y marcó un número. Una voz de hombre le habló desde el otro lado del hilo telefónico:

— Policía, ¿dígame?

Biografía Fernando Molero Campos



- Nace en Fernán Núñez en 1965
- Diplomado en Magisterio por Filología Francesa, ejerce como maestro de Educación Física en diferentes colegios de la provincia durante 18 años.
- Licenciado en Humanidades, ejerce desde el curso 2008-2009 hasta la actualidad como profesor de Lengua Castellana y Literatura.
- Máster en Cinematografía por la Universidad de Córdoba.
- En el curso 2014-2015 trabaja en la Delegación Territorial de Educación, Cultura y Deportes de Córdoba como asesor-coordinador de la Delegada de Educación.
- Como escritor ha publicado en solitario diez libros:
- EN LA PLAYA, (Relatos sencillos para leer tumbados en la arena), editado por el Ayuntamiento de Fernán Núñez y distribuido junto a la Revista de Feria.
- ¿QUIÉN SE ESCONDE DETRÁS DE NOSFERATU?, novela publicada por Detorres Editores, con la que gana el Primer Premio de Novela del IES "Ategua" de Castro del Río.
- LA CABEZA CORTADA DE YUKIO MISHIMA; novela editada por la editorial Berenice del sello Almuzara.
- EL HELADERO DE BROOKLYN, colección de 9 relatos largos publicados por la editorial granadina Alhulia. Con

este libro quedó finalista entre los 10 mejores libros de cuentos publicados en España en el año 2011 para el Premio Setenil.

- EN EL BAÑO, colección de 5º relatos muy cortos, editados también por la editorial Alhulia.
- TIERNOS ESPÍRITUS POÉTICOS, colección de relatos de humor, publicados por la editorial Puerta de la Villa.
- LOS FANTASMAS NUESTROS DE CADA DÍA, colección de relatos publicada por Ediciones En Huida.
- LA CARNE Y LA PALABRA (Una novela pornográfica, intelectual, popular, cinéfila y muy familiar); novela publicada por Ediciones En Huida.
- LA COSA DEL RÍO (THE TROUT MAN), novela publicada por la editorial Rosetta.
- EL EFECTO DOMINÓ, relato publicado por la Diputación Foral de Álava como ganador del Premio Ignacio Aldecoa.
- En compañía de otros autores con los que ha compartido premios literarios tiene en su haber también más de una veintena de publicaciones.
- Ha ganado o quedado finalista en más de 50 concursos literarios, todos de narrativa breve.
- Durante 10 años ejerció como crítico de cine en el Diario Córdoba
- Desde hace 17 años dirige y presenta un programa de divulgación cinematográfica en Onda Marina Radio, la emisora municipal de Fernán Núñez, llamado *El cine de Mr. Arkadin*.
- Da charlas e imparte cursos y talleres sobre escritura creativa en ayuntamientos, institutos y otras instituciones ligadas al CAL (Centro Andaluz de las Letras) y al Ministerio de Cultura.
- Es co-coordinador de los Encuentros con el cine en el IES "Luis de Góngora" desde el año 2010.

- Es miembro de la Asociación Cultural Mucho Cuento de Córdoba.
- Ha sido jurado en certámenes literarios de Relato Corto y Novela.

XXXI CERTAMEN DE POESÍAS Y NARRACIONES BREVES “HERMANOS CABA” 2019

POESÍAS 2019

PREMIO TEMÁTICA LIBRE. OBRA:

LA SED EN COMPAÑÍA

AUTOR:

RICARDO BERMEJO ÁLVAREZ

(San Fernando, Cádiz)

PREMIO DENUNCIA SOCIAL. OBRA:

NO SIRVEN ESTOS OJOS PARA MIRARTE

AUTOR:

MANUEL LUQUE TAPIA

(Doña Mencía, Córdoba)



NARRACIONES BREVES 2019

PREMIO TEMÁTICA LIBRE. OBRA:

EL MANUSCRITO

AUTOR:

ALFONSO SERGIO BARRAGÁN RINCÓN

(Los Barrios, Cádiz).

PREMIO DENUNCIA SOCIAL. OBRA:

MÁS GOLPES TE DA LA VIDA

AUTOR:

FERNANDO MOLERO CAMPOS

(Córdoba)